

## En lucha por la vida

Los hechos seguían continuamente oscureciendo todo el horizonte en la defensa de los derechos de las personas. Las malas noticias aumentaban de día en día. Las filas de las personas inundaban la Vicaría haciéndola aparecer como una plaza pública llena de dolientes. En los bancos de madera se podían ver jóvenes y adultos de uno y otro sexo con señales ostensibles de heridas, moretones...

Los grupos, mientras esperaban su turno para ser atendidos, socializaban los sucesos que les había tocado vivir. La gran mayoría eran pobladores de los barrios pobres. Allí podíamos escuchar el calvario diario que ya eran tan connaturales en Chile, como los tendones al cuerpo humano. Pueblo golpeado, pero no desfigurado; gentes aplastadas, pero no abatidas.

Sus denuncias eran el testimonio de su coraje. Me gustaba saludarles mientras aguardaban. Apreciaba mucho su forma de ver las cosas. En un grupo alguien comentaba: «en las pobla-

ciones nos sentimos como conejos. Intentan que nos escondamos en nuestras casas agazapados por el miedo. Los «pacos» juegan con nosotros. Les gusta vernos correr atemorizados mientras nos persiguen. Nos golpeaban porque van drogados. No nos resignamos a callarnos y por eso estamos aquí. Ya llegará el día en que a ellos les hagamos vivir como conejos».

Otro terciaba: «pero si somos tantos ¿por qué un día o una noche, con buenos palos, no dejamos de correr y nos volvemos y los encaramos, los rodeamos y les damos un escarmiento? Alguno caerá de los nuestros, pero a ellos los liquidamos».

«Para eso hay que organizarse y hay soplones» —dijo una mujer. La conversación debió continuar.

En muchos lugares y organizaciones ya se pensaba de la misma forma. El cúmulo de denigración los asfixiaba y cualquier día o noche se temía que podían explotar y extenderse un enorme número de focos incontrolados dispuestos a todo.

Por esa fecha se presentó la denuncia de la detención y desaparición de un trabajador, Sergio Inostroza, y de su hijo de 16 años.

Comprobamos la denuncia y hablamos con testigos oculares quienes nos relataron que el 5 de mayo varios civiles acompañados de un carabinero los habían detenido.

Su esposa había acudido a la comisaría respectiva al día siguiente y allí le negaron que sus familiares hubieran sido detenidos. No obstante, la señora había podido ver sobre una silla de ese recinto policial el abrigo que su esposo llevaba la noche en que fue sacado del hogar.

A las consultas que hicieramos ante la CNI e Investigaciones, se nos respondió que se ignoraba el paradero de ambos.

Ante la gravedad de los hechos —que reeditaban anteriores casos de detención con desaparecidos— el departamento jurídico de la Vicaría presentó el asunto ante la Corte de Apelaciones para que se pidieran informes urgentes a la CNI, el Ministerio del Interior y las tres fiscalías militares de Santiago. Sergio Inostroza y su hijo llevaban nueve días desaparecidos.

Al temor de que la práctica de las desapariciones volviera a

enseñorearse del país, convoqué a una conferencia de prensa en la que denuncié los hechos. El día 16 de mayo, por fin, aparecieron, y se les ponía a disposición de una Fiscalía Militar, pese a que antes negaron su paradero aun a los tribunales competentes.

Como siempre, días más tarde saldrían libres del polvo y paja. Sólo las torturas y el temor sufridos quedarían por mucho más tiempo en sus mentes y su cuerpo.

En torno a la fecha en que se celebra el Día de la madre, una decena de ellas llevando a sus pequeños hijos en brazos y portando carteles con leyendas: «¡Piedad para mi hijo! ¡Desde el martes me lo tienen! ¡Por favor, que la CNI me lo entregue! ¡En ninguna parte lo encuentro!», irrumpían en los paseos céntricos de la capital. Eran las madres de algunos de los veinte detenidos por personal civil días antes, durante la madrugada, en sus respectivos domicilios.

Al clamor de las mujeres se personaron fuerzas de Carabineros, mientras los transeúntes rodeaban a las madres para protegerlas. La violencia policial arrebató los carteles, hecho que desató la rechifla del numeroso público presente y que fue en aumento cuando a empujones fueron detenidas con sus bebés en los brazos y subidas a un furgón que las llevaba a la...

El día 15 de mayo la Junta Militar aprobaba la ley antiterrorista.

En la desigual batalla planteada algo se había ganado: los procesos, según íbamos sabiendo a hurtadillas, serían juzgados por los tribunales ordinarios y no por la justicia militar. Se daba una más precisa justificación de los delitos terroristas. El proceso por delitos terroristas podrá, ahora, ser iniciado por denuncia de particulares o por las autoridades. El inculpado podrá apelar contra el cargo de reo, cosa que no podía hacer en el proyecto original. La incomunicación del reo no podrá prolongarse tanto como lo permitía el anterior proyecto del Jefe del Estado (hasta 30 días prorrogables indefinidamente), sino que se vuelve en esta materia a disposiciones existentes actualmente, de cinco días de incomunicación.

Las semejanzas entre lo que se dio en llamar «Proyecto Alternativo» se mantenían en lo que refería a la alta penalidad. Se sancionaba a los cómplices con la misma pena que a los autores. Los denunciantes y testigos podían mantener su identidad en reserva. La CNI quedaba consagrada en sus funciones opresivas aumentándole ahora el poder y sus cuarteles ya eran considerados recintos de detención.

Supimos con certeza que la ley aprobada mantenía artículos secretos con respecto a la CNI. Tan sólo esto probaba la voluntad sanguinaria que había detrás del deseo retórico de legislar.

En la mañana del 12 de mayo varias mujeres pidieron ser recibidas en mi oficina. Eran esposas de un grupo de mineros de «El Teniente». Les acompañaban algunos dirigentes sindicales. Sus maridos llevaban 14 días ya en huelga de hambre. Me solicitaron que acudiera a Rancagua, al local del sindicato donde aquellos desarrollaban su ayuno. Temían por sus vidas, y no era para menos.

Después de consultar con el Vicario de Pastoral Obrera, hice el viaje solicitado. Me conmovió profundamente lo que presencié. Habían comenzado la huelga de hambre nueve mineros, pero dos debieron abandonar por orden médica el primer día. Morirían en menos de tres días si continuaban. Miguel Barrientos sufría diabetes y Manuel Gutiérrez tenía sus pulmones corroídos por la silicosis y padecía epilepsia. Los siete huelguistas estaban en su decimosexto día sin ingerir alimentos, salvo agua y azúcar.

Habían sido despedidos el 17 de junio del 83 después del paro convocado por la Confederación de Trabajadores del Cobre, a raíz de la detención del máximo dirigente Rodolfo Seguel. La empresa con tal motivo despidió a más de mil trabajadores. Los que más tarde fueron readmitidos tuvieron que aceptar no participar jamás ni tan siquiera en reuniones sindicales.

Ellos, con las palabras casi inaudibles de su portavoz, manifestaron que no pensaban ceder. Que saldrían de allí muertos o al trabajo.

El médico que los atendía me dijo que la situación era ya desesperada.

Fue imposible convencerlos para que no arriesgaran sus vidas. Aunque extremadamente débiles, el espíritu era de roca. Me escucharon con simpatía. Les ofrecí hacer gestiones. Ese día hablé con el Obispo de Rancagua quien conversó por teléfono —estaba enfermo— con los dirigentes del metal. La empresa no iba a ceder. El gobierno había dado instrucciones.

Pocos días después la Conferencia de Obispos designó a dos de ellos para que trataran de mediar. Se alcanzó un acuerdo para admitirles un año más. La intervención del Cardenal Silva Henríquez, quien los visitó y conversó con ellos, hizo que no murieran siete chilenos más en la huelga más prolongada ocurrida en ese país enseñoreado por la muerte.

Los días eran ya un trajín abrumador. Pero no sólo debíamos afrontar la cada vez más conflictiva situación chilena. Multiplicada por un imparable aumento de la profanación contra los seres humanos. Después de la elección del gobierno constitucional en Argentina, el problema de los desaparecidos concitó el interés mundial. Se hallaban cadáveres sin identificar por cientos.

Dentro de este nuevo drama, la Vicaría tenía que seguir realizando acciones concretas por los detenidos-desaparecidos muertos en Argentina. Por eso enviamos hasta el vecino país a nuestro abogado más capacitado y con años de experiencia en estos casos. Fue acompañado de una carta mía para Ernesto Sábató, quien presidía la Comisión Nacional sobre Desaparecidos. Tratábamos que los casos de chilenos desaparecidos allá no quedaran en situación desmedrada respecto del resto de las víctimas, por ser extranjeros.

Era necesario compensar la lejanía y la imposibilidad que muchas familias de desaparecidos chilenos tenían de viajar y seguir de cerca las denuncias e investigaciones.

Presentamos a la Comisión una lista de treinta y cinco de nuestros desaparecidos confeccionada en la Vicaría y se completó así la que poseían los argentinos, y se mantuvieron contactos con chilenos residentes en aquel país para que organizadamente continuaran el apoyo a las gestiones.

La larga lucha de los familiares de desaparecidos contiene un deseo muy grande por obtener la verdad, ojalá lo más completa posible sobre sus seres queridos; además, sienten la imperiosa necesidad de que se haga justicia con los culpables. Sin embargo, en los pocos casos en que se ha sabido concretamente lo que pasó, la realidad ha sido muy difícil de enfrentar, porque su dramatismo va mucho más allá de todas las fantasías imaginadas por un ser humano.

Y esta dolorosa verdad golpeaba en aquellos momentos a los familiares de dos chilenos: Cristina Magdalena Carreño Araya y José Poblete Roa. A partir de un testimonio entregado al abogado de la Vicaría de la Solidaridad por un matrimonio argentino, se pudo comprobar que ambos, buscados durante años por sus familiares, fueron secuestrados en 1978 por organismos de seguridad argentinos y que estuvieron reclusos en los campos de concentración «El Banco» y «Olimpo», los dos ubicados en la Capital Federal. El matrimonio denunciante —Enrique Carlos Ghezan e Isabel Fernández Blanco— también permaneció en ambos lugares, siendo liberado a fines de enero de 1979.

La pareja relata que durante los cinco meses que tuvieron contacto con Cristina (ella pasó por dos campos de concentración), ésta fue torturada permanentemente y con gran crueldad, hasta diciembre de 1978, cuando fue incorporada en un «traslado» hacia un lugar desconocido (numerosos testimonios de ex reclusos y de torturadores confesos dan cuenta de que estos «traslados» significaban la muerte de las víctimas).

Por su parte, José Poblete aún permanecía en el «Olimpo» cuando los testigos fueron liberados. Había llegado hasta allí junto a su mujer, Gertrudis Marta Hlaczick (argentina) y su hija de siete meses, la que después sería entregada a los abuelos.

Pero después de su liberación el matrimonio que entregó el testimonio comprobó que los tres continuaban desaparecidos.

«Posiblemente, ambos casos serán incluidos en las prestaciones judiciales que hará la Comisión sobre los centros clandestinos de "El Banco" y el "Olimpo"».

La importante labor realizada por nuestro funcionario en Buenos Aires aún estaba lejos de concluir. Quedaban antecedentes por entregar y situaciones que había que continuar definiendo. Porque, tal como lo señalaba en mi carta al presidente de la Comisión Nacional, «nosotros no aspiramos sólo a presentar los casos, sino también a continuar las pesquisas que permitan asegurarnos que por nuestros compatriotas se hará todo cuanto esté de nuestra mano hacer, junto a usted y demás organismos de derechos humanos y de familiares».

Durante este ya doloroso mes de mayo iba a producirse un hecho trágico que iba a tener proyecciones insospechadas para la conciencia nacional.

En medio de largas colas de personas que diariamente acudían a la Vicaría de la Solidaridad estaba una pequeña mujer, ya mayor. Venía a denunciar que su hija, María Loreto Castillo hacía días que no llegaba a casa. Quería que le ayudáramos a dar con su paradero. Había salido con su compañero y otros amigos a pasear en la noche y desde entonces no se sabía nada de ellos. Era un caso más. Aparentemente no ofrecía ningún relieve especial. En nuestra conversación, la mamá de María Loreto no nos aportaba ningún dato que pudiera hacer referencia a que su desaparición estuviera relacionada con la defensa de los derechos humanos. Podía ser un abandono de hogar por otros motivos.

Le estaba atendiendo el Jefe de las Asistentes Sociales, mujer de gran intuición y con diez años de experiencia en esta pesadilla de atrocidades. La prensa del 18 de mayo nos despertaba

con la noticia en primera plana de que una mujer extremista había muerto a consecuencia de la explosión de una carga de dinamita que estaba colocando en una torre de alta tensión. No había podido ser identificada. Estaba deshecha. El diario «La Tercera de la Hora» publicaba unos días después la foto de un dedo de la extremista. Era lo único que restaba de su cuerpo y ropas.

Tras varios días de búsqueda, la Asistente Social sugirió a la madre ir al depósito de cadáveres. Se reconocieron las ropas. Era de extraordinaria importancia tener acceso a ese dedo fotografiado para comprobar las huellas dactilares. No fue fácil. El inspector policial que nos dio la posibilidad de hacer el peritaje dactilar sabía ya perfectamente lo que estaba permitiendo hacer. Entre los cuerpos de seguridad hay serias enemistades y un odio acumulado contra la CNI por su prepotencia e infiltración en los otros cuerpos policiales. Estas peleas internas a veces permiten que podamos acceder a noticias de inestimable importancia para realizar nuestras investigaciones.

Las huellas del dedo correspondían a la hija buscada. María Loreto castillo era la extremista explosionada en la acción terrorista que realizaba. Su madre no lo podía creer ni aceptar. Nosotros, por experiencia, tampoco. Era preciso centrar nuestras diligencias en la búsqueda de algún testigo. A los pocos días los esfuerzos comenzaron a dar resultados. Tuvimos que viajar fuera de Santiago. El compañero de María Loreto había desaparecido también esa misma noche de la casa. Nosotros tuvimos noticias de dónde encontrarle.

Nuestros pasos nos llevaron a los cerros de Valparaíso. Viajamos en distintos medios de transporte por si éramos seguidos. Nos presentamos en una casa ya de noche. Dijimos por qué estábamos allí. Los primeros momentos fueron tensos. Impresionaba su aspecto: la cabeza con profundas heridas y su cara era un completo hematoma. Quien ha pasado por el infierno queda marcado. Ve trampas y alimenta la desconfianza. No bastaban identificaciones. A medida que escuchó lo que habíamos averiguado, la compañía de un sacerdote de la zona entre



nosotros y el tono en que se desarrollaba la conversación hizo que Héctor Muñoz comenzara a confiar en nosotros.

Nos fue contando con dificultades, su boca casi no articulaba palabras por la hinchazón, la triste odisea pasada por María Loreto, Jorge Muñoz y él mismo. Al final fuimos nosotros quienes nos quedamos sin habla. Quedamos en seguir viéndonos. Su seguridad corría por cuenta nuestra desde ahora. Era imprescindible dejar tranquilo a este hombre varios días. Su recuperación no podía ser de un día para otro.

Conversaciones posteriores nos dieron una claridad palmaria sobre todo lo ocurrido. Todo era tan dantesco que pedí extrema minuciosidad en la comprobación de nombres, fechas, lugares y antecedentes que habíamos recibido en el relato de Héctor Muñoz. Era preciso tener toda la seguridad en nuestras manos. Podíamos dar un golpe muy firme a la CNI y su gobierno. No podíamos exponernos ni por un instante a que por alguna imprecisión el caso se convirtiera en un boomerang. Mientras, el compañero de María Loreto Castillo iba reponiéndose física y emocionalmente.

Nuestra investigación culminó. El joven era ciertamente un opositor, pero nada delictivo había en su modo de vivir y pensar. La CNI no podía devolvernos el golpe con antecedentes desconocidos por nosotros.

La idea primitiva de realizar una conferencia de prensa cristalizó. Expuse toda la situación a Sergio Valech, mentor del Arzobispo y su obispo auxiliar. Más tarde y acompañado por él hablamos con el Arzobispo Fresno. Tras la larga conversación y la reiteración de seguridad total que nos daban las personas involucradas en el caso, se obtuvo luz verde: Iba la conferencia de prensa.

El día 3 de junio el departamento de relaciones públicas de la Vicaría llamó a los medios de comunicación social haciendo la convocatoria. Obviamente, quisieron conocer la materia de la conferencia. Sólo se les comunicó que no podía adelantarse absolutamente nada. Por los resultados, parece que es la mejor manera de convocar.

Al día siguiente, el espacioso salón de actos de la Vicaría rebosaba de periodistas: radio, TV y prensa estaba allí congregada.

Esa misma mañana había recibido una conmovedora visita; junto a la madre de María Loreto Castillo venían sus tres nietos pequeños, hijos de la víctima. Las lágrimas salieron suave y abundantes por sus ojos. Ellos, con sus caras serias, eran una fuerza y una llamada al compromiso. Su imagen quedó muy grabada en mi alma.

A las 10.30 de la mañana fui a buscar a Héctor Muñoz, estaba en una de las dependencias de la Vicaría. No le quise mencionar la visita que recientemente había tenido. Nos pusimos de acuerdo en el orden de las intervenciones. Pocos minutos después entrábamos en el atestado salón.

Tras agradecer la presencia de los periodistas y ubicar el asunto que nos congregaba: «La extremista explosionada», hoy, «la mujer inocente dinamitada», pasé la palabra a Héctor Muñoz quien comenzó a relatar:

«El miércoles 16 de mayo me encontré con Jorge Muñoz en una plaza. El andaba con un amigo. Conversamos un rato y pasamos a comernos unos completos a un restaurante. En eso entran tres tipos. Jorge me dice que los encuentra raros. Bromeamos. Después me voy. Me acerco al centro a ver una estufa que quería comprar a crédito. Me voy a casa, donde llego como a las 10.30 de la noche. Converso con mi señora, les damos comida a los niños, les acostamos. Como se había acabado el pan, decidimos ir a comprar unas sopaipillas al Callejón Lo Ovalle con Valparaíso. De vuelta, veníamos por Abanquil con Callejón Lo Ovalle cuando se bajan unos tipos desde un auto pequeño que estaba estacionado. Llevaban brazaletes amarillos y armas en las manos. Uno flaco, de bigotes, cara huesuda, pelo crespo, negro, me pone una metralleta en el cuello y me tira contra una muralla. Otros cuatro tipos corren desde Callejón Lo Ovalle con Abanquil. Una Subaru rápidamente se atraviesa, con la puerta abierta. Me tiran adentro y siento que cae mi señora al lado. Me di vuelta para protestar, pero uno de los tipos

me pone una rodilla en la espalda y me amenaza. Me ponen una cinta adhesiva en los ojos y las esposas en las manos. El furgón empieza a andar. No sé cuanto tiempo después, quizás una media hora, llegamos a una parte que tenía un portón. Entramos. Subimos unos cinco escalones, bajamos varios más. Llegamos a una sala grande. Se escuchaba mucha gente, tenían puesta la radio Cooperativa. Me agarran los tipos, me sacan el carnet, las esposas, la plata, todo. Me llevan por una escalera de peldaños altos. Llegamos a una pieza chica que tenía una especie de camilla de madera con una colchoneta arriba. Me sientan arriba y empiezan a preguntarme nombres que no conozco. Me acusan de poner bombas en el metro y otras partes, lo cual yo negaba. Me dieron golpes en la cabeza con la mano, en los oídos. De pronto entra un tipo que andaba con unos papeles en la mano. Habla despacio. Uno me coge, me saca para abajo, de nuevo me ponen el reloj, el carnet, la llaves, la plata... Me suben a la Subarú. Siento que a mi lado está de nuevo mi señora. Toco su chaleca. No hablamos nada. Me dicen que vamos a ir a ver una casa y que les deberé decir quién es el dueño de la casa. Pero de pronto paran el vehículo, me bajan, me tiran al suelo. Empezamos a subir por un cerro. Yo sentía maleza en mis piernas. Cuando me doy cuenta de que no había ninguna casa y que me iban a matar, empiezo a forcejear y a gritar que no me maten a mí ni a mi señora. Me ponen un hierro en la cabeza, siento una especie de disparo y pierdo el conocimiento. Cuando lo recupero no tenía las esposas, ni la venda. Hacia abajo veo que está mi señora de espaldas y un tipo le tiene la rodilla en el pecho y le está pegando con un hierro en la cabeza y en la cara. Me desmayo de nuevo. Luego siento que me están arrastrando hacia arriba, hasta los pies de una torre de alta tensión. Veo que están arrastrando a mi señora para abajo. Me pegan en la cabeza de nuevo y pierdo el sentido. Cuando recupero el conocimiento siento un fuerte olor a quemado. Veo que ya no hay nadie, pero como a cinco centímetros de mi cuerpo hay una caja con explosivos que tiene la mecha prendida. Me asusto, cojo la mecha y tiro la caja cerro abajo. Trato

de arrancar hacia arriba pero no fue mucho lo que corrí. Estaba muy mareado. Cruzó un canal. Salgo del lugar y trato de pedir ayuda. Nadie me abre la puerta. Cuando llego a una plaza me caigo. Sigo andando, hago parar un taxi en una esquina. No para. Llega una «juanita» de carabineros. Por miedo no les dije lo que me pasó, sino que me habían asaltado. Los carabineros me dejan en un poste y pierdo de nuevo el conocimiento. Despierto en el hospital. Estuve allí cuatro días. Salgo del hospital el 21 de mayo. Estuve en casa de una familiar y cuando me siento bien vengo a la Vicaría a pedir protección. La última vez que vi a mi señora, María Loreto Castillo, unos tipos le estaban pegando en el cerro. Después supe que la habían encontrado muerta por una bomba en Quinta Normal. También supe después que había muerto ese mismo día (madrugada del 17 de mayo) Jorge Muñoz en un supuesto enfrentamiento».

Al final del relato se hizo un largo y denso silencio. Muy pocos periodistas hicieron preguntas. Los hechos eran un mazazo y la figura maltratada del testigo tenía una elocuencia única. Era hora de cerrar la conferencia de prensa. Solamente añadí:

«El relato de los hechos es aterrador. Lamentamos profundamente que cualquier ciudadano de este país pueda correr este tipo de suerte. Denunciamos rotundamente este tipo de comportamiento contra cualquier ciudadano. Denunciamos la falta de respeto fundamental por la vida y, ciertamente, seguimos comprometidos, no sólo por defender a esta persona, sino a toda persona que sienta que sus derechos básicos no son respetados. Anhelamos el que este tipo de conductas desaparezcan de nuestro país. Esto envenena el alma de nuestra patria. Son heridas que tardan mucho en cicatrizar, si es que cicatrizan alguna vez. Este tipo de conductas tenemos que desterrarlas, porque son irracionales e inhumanas y, como muchas veces lo hemos dicho, degradan mucho más a los causantes que a sus víctimas. Esperamos que casos como éste aleccionen a todo el país, para que haya un movimiento de opinión que diga: Basta, basta de poner en peligro la vida. Que se acabe todo amedren-

tamiento al hombre de nuestra patria. Que el hombre y la mujer de nuestra patria puedan salir en las noches por las calles, sabiendo que pueden volver tranquilos a su casa, porque cada chileno está protegido.

No queremos ningún guardián de la vida que nos ponga en peligro la vida».

Horas después de la conferencia de prensa, la CNI difundió dos comunicados. Uno de ellos, sin embargo, no fue conocido por la ciudadanía, porque el organismo de seguridad cambió parte de su contenido. La primera versión de esa declaración señalaba:

«En el día de hoy 4 de junio de 1984, Héctor Enrique Muñoz Morales, en conferencia de prensa de la Vicaría de la Solidaridad, entregó una versión en la que pretende involucrar, entre otros, a este servicio de seguridad en presuntos hechos de que habría sido víctima conjuntamente con su conviviente María Loreto Castillo...»

La segunda versión, que conoció la opinión pública, rectificaba ese párrafo del siguiente modo:

«En el día de hoy, en conferencia de prensa ofrecida por el sacerdote español, Vicario de la Solidaridad, Ignacio Gutiérrez, con participación de sus asesores y del ciudadano Héctor Muñoz Morales, según versión difundida por Radio Chilena, hoy a las 12,39 horas, se pretendió involucrar, entre otros, a este servicio de seguridad, en presuntos hechos de que habría sido víctima el ciudadano Héctor Muñoz Morales con su conviviente, María Loreto Castillo...»

Tras este sugestivo cambio, el resto del comunicado inicial fue difundido sin variaciones. En él, la CNI desmintió que Héctor Muñoz y María Loreto Castillo hayan sido detenidos por el personal de ese servicio y rechazó «enfáticamente las imputaciones formuladas ya que no sólo son de falsedad absoluta, sino también de clara intencionalidad contra este organismo». Dijo la CNI, que la conferencia de prensa fue «claramente conducida, una vez más, a desprestigiar a los servicios de seguridad, favoreciendo los intereses de los extremistas», y que tal or-

ganismo «se mantendrá fiel a su compromiso de combatir el terrorismo, en cualquiera de sus manifestaciones con el propósito de contribuir al mantenimiento de la paz y la seguridad interna del país».

El dedo amenazador ya tenía otro nuevo blanco. Esta vez era mi persona.

El caso de la mujer dinamitada y de su compañero Héctor Muñoz dieron la vuelta al mundo e impresionó vivamente al país. Sin embargo, un tercero, el de Jorge Muñoz, amigo de la pareja había quedado más en la oscuridad. Por ello, la Revista Solidaridad de nuestra Vicaría, quiso recabar más antecedentes y entrevistó a un hermano de aquél.

«Julio Muñoz Navarro, ingeniero comercial nos recibió en la oficina del Hongkong and Shanghai Banking Corporation en pleno centro. El modo, las palabras, la calidez de Julio Muñoz nada tienen que ver con el «frío e impersonal mundo del dinero». Pero esa calidez esconde asimismo —tal vez un requisito para su profesión— una gran capacidad de análisis. Julio Muñoz evalúa lo sucedido a su hermano con gran serenidad.

«Información objetiva no tengo más que la que apareció en la prensa y la que surgió durante la conferencia de prensa que dio Héctor Muñoz. Lo demás son apreciaciones subjetivas que surgen del conocimiento que tengo de mi hermano, de lo que él era, de lo que pensaba y hacía; y también del conocimiento que tengo de las actividades de los servicios de seguridad», señala.

Lo máximo que está dispuesto a aceptar es que a Coke lo mataron en las torres de alta tensión a balazos, «pero no estoy dispuesto a creerle a nadie que le sorprendieron poniendo explosivos».

¿Por qué esa seguridad? Su respuesta surge sin vacilaciones. «Porque su forma de ser no tiene nada que ver con esas actividades. Era un tipo de una riqueza intelectual y una profundidad de pensamiento enormes. De un espíritu de entrega hacia la gente y un cariño hacia los niños, especialmente, muy grande. Obviamente tenía una posición contraria a todo lo que re-

presenta este gobierno y sus metas. El sistema va contra nuestros principios. Los de él, los míos y los de nuestra familia. Procuramos ser cristianos no sólo de misa dominical, sino entendiendo el contexto. Así también pensaba Coke. Nos veíamos permanentemente. Hacemos una vida familiar muy intensa. Casi todos los fines de semana nos reunimos en familia. A veces salimos fuera de Santiago, o íbamos al estadio. Jorge cantaba muy lindo y tocaba la guitarra. Y a veces nos reuníamos sólo para eso: cantar. Parte de esto lo entregaba también a la gente, actuaba en sindicatos o peñas».

Otros antecedentes que, a juicio de Julio, hacen imposible pensar que su hermano participaba en actividades violentas es la clase de vida que llevaba. «No era una persona que hiciera vida clandestina, ni cambiaba permanentemente de casa. Jamás usó nombres supuestos. Siempre andaba con su carnet de identidad real. El y su compañera, una estudiante universitaria, hacían una vida normal de familia, de matrimonio. En su casa permanentemente les visitábamos todos. Hacía poco que habían arrendado una casa más grande, que íbamos a inaugurar con una fiesta el 20 de mayo, coincidiendo con el cumpleaños de una de nuestras hermanas. Se iba a reunir allí toda la familia. De manera que en su vida no había ningún misterio».

Dejando sentado que Coke Muñoz fue un opositor al gobierno, «si hubiera canalizado su acción en una organización, política o no, su forma de aporte no hubiera sido la de colocar bombas, sino que habría trabajado en formación de bases. Ese era su fuerte y no el otro. Jamás usó armas ni fue violento. Era un gallo tierno...».

Pero aparte de los rasgos de la personalidad de Coke que contradicen la acusación formulada por la CNI, según Julio Muñoz, la inteligencia que tenía no le habría permitido cometer algunos errores casi groseros.

«Al aparecer Héctor Muñoz en su conferencia de prensa, declara que se encontró con mi hermano, comieron y Coke le habría señalado que había gente sospechosa. Ellos, entonces, detectan que son seguidos. Se separan y se va cada uno a su casa.

Lo que le pasó a Héctor y a su señora (María Loreto Castillo) lo sabemos todos. En esas condiciones, ¿es posible pensar que mi hermano iba a llegar a su casa, tomar un arma o explosivos, juntarse con otra persona e ir a poner una bomba? Para mí es absurdo. Además, no puedo pensar que fuera tan estúpido como para realizar esa acción con su carnet de identidad y con ropa absolutamente inapropiada: andaba con una parka casi blanca con colores muy llamativos en los hombros...»

Aparte de estos indicios, Julio tuvo ocasión de ir a reconocer el cadáver de su hermano al Instituto Médico Legal. Agrega nuevas dudas: «El primer choque es que, habiendo sido identificado por todos los medios de comunicación, en el Instituto aparecía como N. N. Luego, al verlo, me impresiona enormemente la forma como estaba. Me dio la impresión de haber recibido, al menos, un golpe fuerte de frente. Tenía la cara como achatada y le faltaban dientes. Me decían que eso pudo haber sido producto de la autopsia, pero para mí no es explicación suficiente. Sigo pensando que ni las balas ni la autopsia pudieron provocarle esas deformaciones».

Y, para mayor abundamiento, Julio manifiesta dudas respecto de la CNI. «Todo el país conoce los horrores que hemos vivido y las atrocidades que han hecho los organismos de seguridad. Yo pongo en una balanza a mi hermano y a la CNI y no me cabe ya ninguna duda. No quiero ser tan ingenuo de pensar que mi hermano no tenía alguna actividad. Y me pongo en la más extremista: que haya sido del MIR. Si así fue, no lo juzgo. Respeto su opción. Si siendo mirista hubiera cometido acciones ilegales, tiene derecho a un juicio. Que le den treinta o cuarenta años de cárcel. Pero no puedo entender ni respecto de mi hermano, ni respecto de nadie que, por el hecho de pensar distinto, se justifique que lo maten. Creo que hoy día el que la gente piense distinto es muy peligroso en Chile. Todos estamos expuestos. Como dijo el Vicario de la Solidaridad, si salimos a la calle no tenemos seguridad de volver».

Y como dato casi curioso: «Mi hermano tenía también algunas limitaciones. Era muy nervioso. Le temblaban las manos con



mucha facilidad. En sus tiempos de estudiante en el Instituto Nacional le decían "el Gelatina"...

Como para detenerse a pensar que pudiera manipular bombas o manejar armas...»

El caso de la «mujer dinamitada» era la fehaciente comprobación de que otros muchos muertos en enfrentamientos habían sido asesinados.

Desde septiembre de 1973 hasta comienzos del año 1978, los medios de comunicación habían informado de 98 personas muertas en enfrentamientos.

Durante los años siguientes, la prensa informa profusamente de nuevas muertes de activistas políticos. El Departamento de Estudios de la Comisión Chilena de Derechos Humanos indica que desde el 19 de enero de 1981 al 25 de febrero de 1982, «27 personas murieron en Chile a consecuencia de homicidios políticos, de supuestos enfrentamientos y de supuestos accidentes vinculados a terrorismo».

Finalmente, entre el 11 de mayo de 1983 hasta fines de mayo de 1984, la prensa da a conocer 12 casos de personas muertas en enfrentamientos o al detonar artefactos explosivos que se disponían a accionar, incluido el caso de María Loreto Castillo. Familiares de seis de estas víctimas acudieron a la Vicaría de la Solidaridad para solicitar apoyo jurídico.

Sin embargo, por antecedentes obtenidos con posterioridad a los hechos, se ha comprobado que muchas de estas víctimas sencillamente fueron asesinadas por los organismos de seguridad.

He aquí algunos de esos casos:

### Caso de Hernán Correa Ortiz

El 29 de diciembre de 1981 los medios de comunicación informaban que el día anterior había sido abatido, por funcionarios de Investigaciones, Hernán Correa Ortiz, de treinta y un años, en Avenida Dorsal de la capital, en el transcurso de lo que la policía calificó como un «enfrentamiento armado». De acuerdo a la versión entregada por Investigaciones, esta persona habría intentado resistir con un arma la acción de los policías cuando éstos trataban de detenerla.

Por su parte, la hermana de la víctima, Sonia Correa Ortiz, quien acudió a la Vicaría al día siguiente de ocurridos los hechos, entregó una versión distinta. En esa oportunidad declaró que su hermano transitaba por la avenida mencionada en compañía de sus dos hijos menores (seis y cuatro años) y de una sobrina (nueve años). Durante el trayecto fue abordado por un vehículo blanco del que se bajó una persona vestida de civil que le dio orden de alto y la víctima arrancó. En ese momento,

él o los civiles le dispararon dándole muerte entre los gritos y llantos de los niños, quienes presenciaron todo. La hermana también señaló que los niños habían llegado hasta su casa acompañados por los policías en un vehículo de Investigaciones. Ella, otra hermana y los tres niños fueron llevados detenidos. En Investigaciones, Sonia fue interrogada respecto a las actividades de su hermano y, posteriormente, todos fueron puestos en libertad.

El abogado que se hizo cargo del caso, presentó una querrela por homicidio contra Investigaciones. En parte de ella el abogado señaló que el occiso «en el momento de ser muerto por los detectives vestía blue-jean y camisa solamente y que con estas ropas era imposible esconder una pistola calibre 7,65 mm. como se anunció en el comunicado de prensa y que era indispensable hacer un reconocimiento de la ropa del fallecido».

Seis meses después de ocurridos los hechos, y como producto de esta querrela, la magistrado del 18.º Juzgado del Crimen, Berta Rodríguez, inculpó y determinó la detención del detective René Moreno Cabello.

Sin embargo, a mediados de 1983 la causa se sobreseyó, pero posteriormente la Corte reabrió el sumario. El último informe del abogado indica un nuevo cargo de culpabilidad para el detective.

### Caso de Hugo Huerta Beiza

Según versiones oficiales, profusamente divulgadas por todos los medios de información, en la noche del 3 de noviembre del año 1983, tres individuos habrían atacado a una patrulla militar en el sector de Pedro de Valdivia, en la ciudad de Concepción. Como consecuencia de esta presunta operación resultó muerto Hugo Huerta Beiza (cincuenta y dos años), obrero municipal jubilado y comerciante ambulante en el momento de los sucesos. Las informaciones añadían que las otras dos personas se habían dado a la fuga.

Las investigaciones posteriores dieron como resultado que la víctima había sido detenida antes de los hechos dados a conocer en la información oficial. El arrendatario de la casa en que vivía la víctima declaró que ésta había sido allanada a las 17.30 horas del mismo día 3 de noviembre. Además, el informe médico legal indica señas de tortura en el cuerpo de la víctima, lo que es reconocido también por la suegra, que en de-

claración jurada agrega antecedentes del reconocimiento del cadáver en el que le tocó participar posteriormente: «El cadáver mostraba 14 impactos de bala en el pecho; en la frente tenía un verdadero hoyo, calculo de unos cinco a seis centímetros de diámetro, con salida en la parte posterior de la cabeza; el brazo izquierdo lo tenía quebrado, puesto que si no se le afirmaba éste colgaba, no permaneciendo rígido como el otro brazo, y en la espalda mostraba una especie de líneas, en forma de cordón negro. Eran varias líneas de color negruzco, tipo quemaduras de corriente, puesto que la piel se veía carbonizada».

La cónyuge de la víctima presentó una querrela por homicidio, la que posteriormente se acumuló al proceso de la Fiscalía Militar. El abogado querellante pidió la inculpación del agente de la CNI, Cristián Ramírez Flores, quien reconoció en el proceso haber disparado a la víctima. Por otra parte, el informe de autopsia evidencia que ese disparo fue el que le ocasionó la muerte. Sin embargo, el fiscal militar denegó la inculpación. La parte querellante apeló y ese trámite se encuentra pendiente.

### Caso de Daniel Acuña Sepúlveda

El 14 de agosto de 1979 el país se conmocionó con una noticia que aparecía en todos los órganos informativos y que venía de la provincia de Coquimbo: se señalaba que en la madrugada del día anterior (13 de agosto), se había producido un enfrentamiento entre extremistas y organismos de seguridad. El lugar de los hechos había sido la parcela 222 de Tierras Blancas, cerca de La Serena, dando como resultado la muerte de una persona que se habría suicidado al hacer detonar un artefacto explosivo. Más tarde se dijo que se trataba del dirigente del Partido Socialista, Daniel Acuña Sepúlveda (sesenta y seis años).

Días más tarde, el entonces Arzobispo de La Serena, Monseñor Juan Francisco Fresno, encargó, a través de la Oficina de Acción Social de esa Archidiócesis, pedir un Ministro en Visita extraordinaria para que «garantice una acabada investigación y justo fallo, en virtud de la gravedad de los hechos y la alarma pública que han causado».

Durante el curso de las investigaciones se presentaron varios declarantes que dieron cuenta de que las informaciones de la prensa y las versiones oficiales eran absolutamente falsas. Pero fue el hijo de la víctima, único testigo directo de los hechos, herido por los autores y posteriormente detenido, quien aportó los antecedentes que permitieron conformar el cuadro real de toda la situación.

En parte de la querrela criminal presentada por Roberto Acuña, relata que aproximadamente a las 4 de la madrugada del 13 de agosto fue despertado por golpes en el portón de la parcela que habitaba con su padre. «Faltaban unos 10 metros para llegar al portón cuando sentí que algo cayó a mi lado. Era un objeto pequeño del tamaño de una caja de cigarrillos que emitía una luz fosforescente de color naranja. Me detuve y pregunté en voz alta quién era y se me respondió "carabineros". Simultáneamente me dispararon y sentí un impacto en el estómago».

Posteriormente, sintió cientos de balas disparadas hacia el interior de la parcela; corrió y refugiándose entre los árboles, logró escapar por atrás hasta salir a un camino. También distinguió entre la balacera muchas ráfagas de metralleta. Una vez que logró llegar hasta la casa de una prima fue llevado hasta el hospital donde se enteró de la muerte de su padre.

En la querrela también se relata que los atacantes entraron a la casa de la parcela a punta de disparos, cuyas señas se encontraron por todos lados, y mataron a Daniel Acuña, acribilándole a balazos en el interior del closet situado dentro del cuarto de baño. A simple vista puede observarse el impacto de siete balazos en el muro en el cual se adosaba el closet, se señala en una de sus partes. También se relatan todos los pasos que dieron los autores, lo cual pudo configurarse por las evidencias dejadas. En definitiva, se concluyó que, después de matar a tiros a Daniel Acuña, lo trasladaron hasta su cama y luego nuevamente hasta el closet, donde pusieron un artefacto explosivo y lo hicieron estallar. «El cuerpo de mi padre fue destruido totalmente», relató Roberto Acuña. Sin embargo sus ma-

nos están intactas, lo que descarta absolutamente el suicidio, por cuanto no es verosímil que una persona, en pijama, que se autoelimine con un explosivo, no use sus manos para operar el artefacto y reciban éstas algún efecto de una explosión que fue capaz de romperle el cráneo y el cuerpo.

Por otro lado, la Intendencia de la 4.<sup>a</sup> Región declaró oficialmente en esa oportunidad que «personal de seguridad entró a la parcela y allanó el lugar en la madrugada del 13 de agosto» y que Carabineros de la Tenencia de Tierras Blancas habían informado haber sentido una fuerte detonación en el sector. Pero posteriormente, el teniente Villarroel, encargado de esa tenencia, negó que él o sus hombres hubieran participado en ninguna operación y que no habían sido avisados ni habían avisado a nadie de una supuesta explosión.

Y se siguieron acumulando las pruebas que demostraban que Daniel Acuña no se había suicidado, sino que había sido víctima de un feroz atentado terrorista. En la querrela presentada por el hijo se pidió que declararan varias personas, presuntos autores de los hechos. Entre ellos se encontraba el capitán de Ejército, Patricio Padilla Villán, posteriormente implicado en los sucesos de Calama, donde fueron dinamitados por los jefes locales de la CNI dos funcionarios del Banco del Estado.

Sin embargo, nunca hubo detenidos por el homicidio del dirigente socialista. Al 31 de marzo de 1984 la causa se encontraba pendiente ante el juez militar para dictar sentencia.

Mucha gente de las poblaciones populares, el abanico de organizaciones de derechos humanos, el espectro democrático y agrupaciones del exterior nos hicieron sentir su orgullo por la valentía que había demostrado la Vicaría de la Solidaridad.

El gobierno estaba irritado. Hizo saber al Arzobispo que mi expulsión del país estaba tramitándose. El Ministro de Relaciones Exteriores se entrevistó con el Nuncio para protestar por la ingerencia del Vicario extranjero y anunciarle las medidas que se estudiaban en el Ministerio del Interior.

Si el gobierno hubiese sabido lo que en esos días me esta-



ba siendo entregado, no hubiera dudado un segundo en decretar mi expulsión.

Un alto mando del ejército, ahora en retiro, y durante los primeros momentos del golpe militar en el norte, por intermedio del Obispo de aquella diócesis, se puso en relación con nosotros. Quería descargar su conciencia y contarnos lo que vio en relación a los asesinatos masivos ocurridos en la región y el lugar en que estaban enterrados. Teníamos, además, el testimonio de un soldado que actuó en las ejecuciones como enterrador. Su misión consistió en abrir sepulturas e introducir en sacos a las víctimas.

Durante los primeros meses del «nuevo orden» Sergio Arellano, general de ejército, fue subiendo desde Santiago a Arica, con un grupo de verdugos en lo que se dio en llamar «la caravana de la alegría». Su objetivo: aniquilar sumariamente a opositores que estaban en las cárceles. Se trataba de dar muerte a un numeroso grupo cuyos procesos judiciales iban demasiado lentos para la sed de venganza de los nuevos gobernantes.

Tuvimos que viajar al lugar de los hechos. Era necesario que un desertólogo acompañara a la expedición. El viento y el tiempo transcurrido, con toda seguridad, habrían cambiado la fisonomía que debíamos buscar. Uno de nuestros fotógrafos impresionó en centenas de fotos el lugar.

Fueron dos días tensos. La luz y la arena quemaban los ojos. Además, estábamos en zona militar y teníamos que pasar desapercibidos. Era preciso viajar por separado y hacer el trabajo del terreno nos hacía visibles desde largas distancias.

Después de muchas horas ubicamos la zona. Pero constatamos que por las condiciones clandestinas del trabajo, era imposible ponerse a cavar el lugar. Será una de las tareas que se deberán acometer en la mañana de la democracia.

No obstante, teníamos una localización más de cadáveres. Ya poseíamos la zona donde se encontraban. Ciertamente era más difícil que Yumbel y Lonquén, pero junto con otras zonas ya peritadas, el mapa de enterramientos que poseíamos a lo largo del país nos hacía presumir que teníamos localizados un nú-

mero considerable de las víctimas que hoy seguirán siendo buscadas por sus familiares.

El día en que se pueda... podremos colaborar eficientemente a que en pocas jornadas ese testimonio sangrante aparezca a los ojos de la nación entera.

Extrañamente, el diario El Mercurio, a raíz del caso de la mujer dinamitada, quiso hacerme una entrevista para publicarla en su edición dominical. Tras discernir la conveniencia de la invitación, la acepté. Es leída esta sección por muchísima gente en Chile. Era una oportunidad. Además, la realizaría la mejor profesional en estas tareas, Raquel Correa. Debía ser sumamente cuidadoso. Era un examen que iba a ser leído por «profesores» muy distantes y distintos.

Tras su publicación, recibí muchas cartas de personas de la derecha de toda la vida. Algunas decían que, por primera vez, entendían la labor de la Vicaría. Al gobierno le indignó la promoción publicitaria que ingenuamente nos había brindado el mayor periódico del país. Llamar ingenuo a El Mercurio era lo más alejado de la realidad. Algo pretendía al darme aquel espacio.

He aquí el extracto de aquella entrevista:

P.—Algunos católicos ven en la Vicaría de la Solidaridad un factor de división...

R.—Creo que eso es no comprender la labor de la Vicaría. Lo que la Vicaría hace es defender la vida. Intenta defender al hombre y promover los derechos divinos que tiene cada hombre. Intenta hacer posible la convivencia, pero no puede haber verdadera convivencia si no se basa en el respeto. (Cuando le digo que para muchos la Vicaría representa la denuncia, la crítica constante, la oposición eclesiástica y no un signo de unidad, me mira y en los ojos se le asoma la tristeza.)

La Vicaría no denuncia hechos triviales, sino situaciones que impiden que podamos vivir en la plenitud para la que Dios nos ha destinado a todos. Cuando la Vicaría señala con su dedo que algo no puede ser, está repitiendo el gesto de Dios cuando le preguntó a Caín dónde estaba su hermano Abel... ¿O creen que Dios debería haberse callado frente a la suerte de Abel...? Nos gustaría que en Chile no fuera necesaria la Vicaría de la Solidaridad, que no tuviera que existir ningún tipo de organismo para defender los derechos de las personas; que estuvieran tan absolutamente defendidos, que no fuera necesaria.

P.—¿Usted cree que es más necesaria ahora que hace doce años?

R.—Yo creo que sí. Creo que la Iglesia, durante este tiempo, ha sido casi el único organismo que ha podido servir a los chilenos en la defensa de sus derechos.

P.—¿Y diría que en 1984 es tan necesaria como hace ocho, cinco, o dos años?

R.—En 1983 casi se quintuplicaron los casos de personas que fueron a la Vicaría a denunciar torturas, apremios ilegítimos, detenciones arbitrarias. Y en los meses transcurridos de este año estamos casi duplicando las cifras de 1983. En el último tiempo ha aumentado la represión porque ha habido mayor movilización social.

La Vicaría es la presencia de la Iglesia en el campo de la defensa del hombre y de la promoción de los derechos del hombre... Hemos vivido, y aún vivimos, prácticas que —como han dicho los Obispos— revelan claramente que no existe un respeto digno de los derechos del hombre. En Chile persiste la tortura... Conocemos la existencia de muchos detenidos desaparecidos, las relegaciones, el exilio.

P.—¿Admite que esos problemas han disminuido?

R.—Es evidente que han disminuido. Pero hay muchas heridas abiertas y se siguen abriendo heridas. Lo que la Vicaría quiere es restañar estas heridas. ¡Porque nos importa Chile y su futuro!

P.—¿Cree que el camino de la denuncia cura las heridas?

R.—El nuestro es el camino del apoyo a toda persona que reclama por una situación de injusticia en algo tan básico como los derechos inalienables que Dios nos ha dado. Porque no se puede establecer una convivencia familiar verdadera en una sociedad cuando algunos de la familia viven permanentemente en estado de víctimas; donde haya unos pocos que se comen la comida de todos, donde unos pueden opinar y otros no pueden decir nada. La Iglesia —y la Vicaría con ella— aspira a crear condiciones para que se quiten los obstáculos que impiden la convivencia fraterna.

P.—Si en el país «se diera vuelta a la tortilla», ¿seguiría a la cabeza de esta Vicaría para defender derechos de los que resultasen vencidos?

R.—Yo seguiré en la Vicaría hasta que el señor Arzobispo quiera. Y espero seguir en la Vicaría promoviendo hoy y mañana lo mismo: los derechos de las personas. No basta el apoyo que hoy estamos dando a las personas que sienten conculcados sus derechos; creo que hay que insuflar a la sociedad entera el respeto por cada hombre. Eso requiere tiempo, es una labor educativa que tenemos que seguir. Sería lastimoso que en un cambio de régimen se atropellaran los derechos fundamentales de los que resultarían —como usted los llama— vencidos.

P.—¿Borrón y cuenta nueva, dice usted?

R.—Lo que hubiera que hacer, habría que hacerlo como

país que vive en un pleno Estado de Derecho, donde son reconocidos los poderes del Estado. A ellos compete juzgar conductas.

P.—¿No cree que la concordia se construye sobre el perdón?

R.—Yo anhelo que Chile viva en condiciones más humanas. Si para que Chile viva en condiciones más humanas es necesario el perdón, ¡bendito sea el perdón! Pero la justicia no es ningún vicio, es una virtud. Y tratar a las personas con una virtud es tratarlas dignamente. Yo temo a la injusticia, a la justicia no la temo. Pero los cristianos no sólo nos conformamos con la justicia. Vamos más allá: porque sabemos que Dios, además de con justicia, nos va a tratar con mucho amor. En mi fuero personal, yo amo a algunos que creen que yo no los amo, porque no puedo amar a Dios Padre si no amo y reconozco que los que piensan distinto a mí también son mis hermanos.

P.—¿Ama al general Pinochet?

R.—Sí.

P.—¿Ama al general Gordon?

R.—Sí. Como sacerdote, si no los amara eficazmente, no tendría nada que hacer en la Vicaría de la Solidaridad. Si a veces digo lo que parece malo para la convivencia nacional es porque amo a este país y amo a estas personas. Y quiero amarlos lúcidamente. Si no los amara, no tendría autoridad moral para decir que amo a Dios... No queremos que jamás haya detenidos desaparecidos. No quisiera que ningún chileno, jamás, tuviera que vivir fuera de su patria, ni confinado en ningún rincón.

P.—¿Ve al país pacificándose o en riesgo de enfrentamiento?

R.—En los últimos meses he sentido muy patente el temor por la espiral de violencia. Porque a una provocación se contesta con otra, porque a una represión se contesta con mayor violencia. Siento que hay descontento, cansancio, falta de credibilidad. No veo los gestos pedidos por el Arzobispo al régimen. Al contrario.

P.—El Arzobispo dijo que el gesto que pedía era la salida de los refugiados de la Nunciatura...

R.—Ese fue un primer gesto y no hubo más que ese primer gesto. Pero tengo esperanzas en que se encuentren instrumentos razonables que interpreten el sentir de la inmensa mayoría del país y podamos encontrar una salida que posibilite la convivencia.

P.—¿Qué instrumento le parecería razonable para interpretar el sentir de la mayoría?

R.—Coincido con los Obispos: la democracia.

P.—¿Eso significa adelantar los plazos establecidos?

R.—Bueno, creo que no vendría nada de mal... Yo aspiro a que la democracia se instale cuanto antes en este país. Porque creo que este país será cada vez mejor a medida que haya mayor participación de los chilenos.

P.—Algunos piensan que podría venir el caos...

R.—Muchos piensan así, normalmente, «después de mí, el diluvio». Pero uno ve cómo otros países han pasado pacíficamente a la democracia. El problema reside en si tenemos o no confianza en el pueblo chileno. La historia avala la confianza en este pueblo, pero es urgente que no se exacerbén más los

ánimos para que la transición democrática sea posible con la mayor paz.

P.—A propósito de paz, ¿qué piensa de la violencia que existe, las bombas, asesinatos a carabineros de guardia, asaltos...?

R.—Bajo ningún concepto y en ninguna circunstancia acepto el terrorismo. Venga de donde venga. No es solución humana para nada. Cualquier terrorismo ataca de raíz la participación ciudadana libre, le pone bombas a la democracia.

P.—¿Quiénes lo provocan, según usted?

R.—... Obedece a muchas causas... No es bueno dificultar la participación democrática, la expresión libre... Generalmente, los sistemas injustos generan violencia.

P.—¿Diría que Chile ahora está bajo un sistema injusto?

R.—... Yo creo que Chile está bajo un sistema en que hay injusticias notorias. Son injusticias concretas las que provocan rebeldía en mucha gente y, en algunos —muy pocos—, conductas terroristas.

P.—Hay gente que cada vez que ocurre un acto terrorista dice: ésta es la izquierda, el Partido Comunista, el MIR. Otros, cada vez que ocurre un acto terrorista dicen: éstos son los del gobierno, de los servicios de seguridad. ¿Entre cuáles está usted?

R.—Creo que hay actos terroristas de sabotaje que sirven siempre para legitimar la promulgación de leyes antiterroristas o medidas de seguridad, que se den más prerrogativas a la CNI, que aumenten la represión... Me surgen dudas respecto a algunos hechos calificados como terrorismo de izquierda. Por ejemplo, el gran apagón que dejó a oscuras tres cuartas partes del

país hace un tiempo... Para eso hace falta una información que es confidencial, una capacidad operativa que —yo creo— sólo pueden tener grupos muy profesionalizados. Y pienso que si en el país hubiera terroristas tan profesionalizados, no se dedicarían a estos fuegos artificiales, sino que darían golpes terroristas como los que han dado otras bandas en otras naciones.

P.—¿Por qué usted respaldó públicamente la denuncia de Enrique Muñoz Morales sin esperar que interviniese la justicia?

R.—El Departamento Jurídico de la Vicaría recibió este testimonio que coincidía con ciertas informaciones que periodistas iban obteniendo de distintas fuentes. Se le hicieron una serie de preguntas... Nos pareció que su testimonio era verídico.

P.—Pero, ¿por qué eligió el camino de la denuncia pública, del escándalo?

R.—Lo pusimos en conocimiento de la opinión pública porque creíamos que era un caso aleccionador. Nuestro trabajo también es crear una conciencia muy seria del respeto a la persona en la conciencia de todos los chilenos.

P.—Antes de hacer la denuncia, ¿consultó a Monseñor Fresno?

R.—Sí. Lo consultamos.

P.—¿Y él aprobó el camino de la denuncia? Cuando el Arzobispo asumió dijo que él acostumbraba a informar directamente a la autoridad las fallas que advertía; que usaría la denuncia pública sólo en casos extremos...

R.—Este era un caso extremo. Y el Arzobispo dio su aprobación en todo momento. El se sintió muy conmovido.



P.—¿Escuchó el relato de los labios de Muñoz antes de la conferencia de prensa?

R.—No. Lo escuchó su Obispo Auxiliar, don Sergio Valech... Otra razón que tuvimos para darlo a conocer públicamente es que creímos que al ser conocido por la opinión pública estaría más resguardada la vida de este testigo... Ahora está bajo la protección de la Iglesia.

P.—¿A usted le bastó su testimonio? ¿No tiene otra prueba?

R.—Tenemos su testimonio. Es un testimonio de cargo. Todo su relato es coherente.

P.—Al darse a conocer este caso de secuestro y asesinato se le atribuyó la responsabilidad a la CNI. ¿Usted cree...?

R.—Ante la pregunta de un periodista, el testigo dijo que podría ser gente de la CNI, por el uso de metralletas y brazaletes.

P.—¿Los de la CNI andan con brazaletes?

R.—No sé. Pero a él le pareció que quienes se atrevían a salir en la noche con metralletas, vehículos, brazaletes, llevar a las personas a lugares, interrogar... El no afirmó categóricamente en la conferencia de prensa que fueran de la CNI, sino que le parecía que era la CNI.

P.—Y a usted, ¿también le parece?

R.—Yo dejo a los Tribunales de Justicia la aclaración de esto.

P.—¿Usted tiene confianza en los Tribunales de Justicia?

R.—Tengo que tener confianza. Si no, no hubieramos recurrido a los Tribunales.

P.—¿Qué seguridad tiene para asegurar que esta persona no era un extremista?

R.—De las averiguaciones que hemos hecho, se concluye que este hombre no era un terrorista.

P.—¿Por qué cree usted que le pasó lo que le pasó?

R.—Creo que lo tomaron por otro. Pero, en ningún caso, alcanzo a imaginar porqué le dieron un trato tan brutal a él y a María Loreto por qué le dieron un fin tan trágico.

P.—Esta semana hubo una romería del MDP a la tumba de María Loreto Castillo. ¿Por qué?

R.—Habría que preguntárselo al MDP. También ha habido actos del Bloque Socialista, en distintos lugares se han celebrado misas... Yo creo que esas reacciones se deben a que estos grupos no quieren la represión.

P.—Si los autores son un grupo armado organizado, ¿cómo se explica que se hayan ido dejándolo vivo?

R.—Lo dejaron inconsciente, al lado de una carga de dinamita...

Les debió sorprender que la dinamita no explotara; a lo mejor volvieron sobre sus pasos, pero ésas ya son conjeturas...

P.—Llamó la atención que él se veía aparentemente tranquilo en la conferencia de prensa, después de haber vivido todo eso...

R.—A mí me tocó ver la otra cara de la medalla... Terminada la conferencia de prensa, lo pasamos a una sala para que descansara. Cuando vio llegar a los tres hijos, fue algo espantoso... Comenzó a llorar como un niño abrazado a ellos;

les empezó a explicar... Los niños le preguntaban si no iban a volver a ver a la mamá; le pedían que él no se fuera... Yo estuve un ratito ahí y me tuve que marchar...

P.—El comunicado de la CNI y algunas autoridades del gobierno han hecho notar que usted es español, un extranjero...

R.—Yo me siento profundamente chileno. Llevo once años en Chile: todo mi sacerdocio. He hecho los trámites para que me sea reconocida la doble nacionalidad a que tenemos derecho tanto chilenos como españoles. Y sé que está todo eso hecho, aproximadamente desde el mes de marzo, y guardado en un cajón.

Para mí es una enorme lástima que no me den ese certificado que es tan importante. Pero como en los sentimientos nadie manda, yo me siento profundamente chileno. Yo digo mi patria por Chile, porque aquí intento vivir, trabajar y morir. Aquí tengo mis amigos; aquí he hecho realmente una familia; tengo tanta gente a la que quiero... En mi parroquia hay cuarenta y dos niños cuyos papás han querido que lleven mi nombre. Tengo muchas cosas que me atan a Chile. Por eso me duele mucho que me llamen extranjero. Una de las cualidades de los chilenos es cómo reciben al que viene de afuera, que jamás lo hacen sentirse extranjero.

P.—Pero un extranjero viola las normas que le permiten permanecer en el país cuando interviene en asuntos internos.

R.—En Chile existe algo muy importante: la Iglesia. Y es una Iglesia Católica. Católica significa universal. Los cristianos no podemos impedir la libertad de la Iglesia para nombrar a cualquier persona, sea del país que sea, para que sirva a sus hermanos. El señor Arzobispo me nombró a mí para que fuera una persona moral con él; por eso soy Vicario Episcopal, en la tarea de la solidaridad. Para los católicos nuestra patria es el mundo.

Para nosotros no es el ideal las pequeñas patrias. El ideal para nosotros es hacer de la humanidad una gran patria. El católico es un hermano universal. Y resulta incomprensible que un católico diga este señor no puede servir a sus hermanos, no puede participar en la Iglesia chilena porque no pertenece a Chile.

Me podrán decir que yo he intervenido en asuntos internos del país. ¡No es cierto! He intervenido en la defensa de los derechos del hombre. Y el Papa nos dice que la defensa de los derechos del hombre es una cuestión de humanidad. De humanidad. Me atañen como ser humano. No puedo callarme porque me niego —como ser humano— a callar. ¡La práctica de la tortura es algo que atenta contra la humanidad! Y aunque se torture en España o en Inglaterra, me afecta a mí en mi humanidad y tengo la obligación moral de rechazarla y de denunciarla. Estos son castigos a la humanidad. ¡Como Auschwitz es un castigo a la humanidad! ¡Como Dachau es un castigo a la humanidad! No porque esas cosas hayan pasado en Alemania, me tengo que callar yo, puesto que no soy alemán. Son hechos que afectan a todo ser humano... Y por último, es tal la universalidad de la Iglesia que en Chile posee Obispos españoles, alemanes, belgas y los sentimos propios. Y tenemos al Papa que es un polaco convertido en Obispo en Roma... A ningún italiano le extraña que el Papa se pronuncie por la vida y los derechos de la vida en Italia porque, por encima de todo, le reconocen como un pastor.

P.—En esta denuncia usted se la jugó, y al jugársela comprometió a la Iglesia. ¿Qué ocurriría si usted hubiera sido engañado; si los autores de este crimen no tuvieran ninguna relación con los servicios de seguridad?

R.—La Vicaría de la Solidaridad no ha afirmado nunca, en ningún momento, quiénes son los autores de estos hechos. Eso lo deja en manos de los Tribunales de Justicia. Si de la investigación de los hechos resulta que los autores son gente insos-

pechada... para nosotros lo importante es contribuir a desterrar del país crímenes como éste.

P.—Pero si resulta que se trata de un delito común, de una venganza... ¿se justificaría el escándalo que usted avaló? Porque, si usted lo denunció fue porque piensa que no es un delito común, ¿verdad?

R.—Verdad. Nosotros creemos que aquí se dan circunstancias que ponen de manifiesto que se trata de grupo armado de procedencia como... muy presente en la vida del país. Porque hemos conocido el caso COVEMA; hemos conocido el caso de Tucapel Jiménez; hemos conocido tantos casos de éstos que a uno le resulta urgente decir: oiga, éstos que intentan defender al país ¡que hagan el favor de no defenderlo! ¡Porque no están defendiéndolo!

P.—Cuando usted asumió como Vicario de la Solidaridad dijo a este mismo diario que sí encontraba necesaria la existencia de organismos encargados de combatir el terrorismo. Y las autoridades chilenas afirman que la CNI ha sido un organismo eficaz en la lucha contra el terrorismo...

R.—Me remito a lo que dijeron los Obispos. No le niego a ningún Estado el derecho que tiene de defender a la población de todo terrorismo. Pero es muy importante que tal organismo sea muy creíble para la población. En los regímenes democráticos las leyes antiterroristas son controladas en los Congresos o en las Cámaras porque permiten abusos. Y yo, por todas las denuncias hechas en el país, creo que la CNI —especialmente para la gente sencilla que es la que más ha sufrido la represión— es sinónimo de terrorismo. Hablar de la CNI es hablar de terror, de miedo. Por eso hemos pedido que la CNI cambie su manera de actuar.

P.—¿Usted ha recibido, en estos días, algún tipo de amenaza?

R.—No. En absoluto. Por el contrario: muchas llamadas y cartas de apoyo.

P.—¿Ha sentido miedo en algún momento?

R.—No. Yo esto lo veo muy colgado del Señor. Me siento respaldado por la Iglesia. Siento que he obrado en verdad, lo que he hecho no es sólo luchar por la vida de esta persona y por los derechos de María Loreto, sino más aún: para que triunfe la vida, para que la vida sea respetada. Por eso, porque me siento de la mano de Dios, estoy muy tranquilo.

Héctor Muñoz, el marido de la mujer dinamitada pudo salir sin tropiezo alguno por el aeropuerto de Pudahuel el 16 de junio vía Buenos Aires con destino último a Suecia. Inmediatamente el gobierno comenzó a propalar acusaciones y lanzó la pregunta «¿si es inocente, por qué se fue?».

Se organizó una campaña para desprestigiarlo como testigo. No obstante, volvimos a la carga y manifestamos que previamente a su viaje había prestado toda su colaboración a las investigaciones que llevaban el ministro sumariante Adolfo Bañados y el fiscal militar Francisco Baghetti, en razón de que en los hechos se usó explosivos.

En vez de preocuparse de aportar antecedentes sobre la muerte de María Loreto Castillo, el Ministerio del Interior se había dedicado a enlodar al testigo, le hizo pensar que el gobierno trataba más bien de enredar el proceso en lugar de aclararlo. Lo que se investigaba era la muerte de dos personas (María Loreto Castillo y Jorge Muñoz Navarro, muerto en un presunto enfrentamiento) y el homicidio frustrado del propio Héctor Muñoz. Si los antecedentes en contra de éste hubiesen sido ciertos, igual no tenían nada que ver con el proceso. Y eso lo tenían que saber los abogados del Ministerio del Interior.

Así, de ser ciertos los imprecisos cargos en contra del testigo clave, las autoridades debieron haber pedido la iniciación de una investigación paralela, presentando acusaciones concretas.

¿Por qué se fue Muñoz? Todo el mundo se hizo esta pregunta al saber que Héctor Muñoz abandonó el país, y en muchos quedó la duda: «algo tiene que haber».

Y hubo mucho. Hubo un temor de Muñoz, que no podía olvidar la pesadilla vivida y su milagrosa salvación. Hubo algunos seguimientos y vigilancias, y en una ocasión una clara provocación de parte de individuos que le empujaron cuando transitaba en compañía de sus abogados por un paseo céntrico.

Hubo también inoperancia de los Tribunales de Justicia que no le brindaron la protección que pidió.

«Mi vida está HOY en peligro, de modo tal que requiero que HOY se adopten las medidas a que alude la Constitución, y no cuando sea demasiado tarde», había dicho en un llamamiento urgente hecho a la Corte de Apelaciones a través de la presentación de un recurso de protección, el 4 de junio. Apelaba a que se protegiera «mi derecho a la vida y a la integridad física, gravemente amenazada por actos delictuales de agentes de la CNI, que ya costaron la vida de mi mujer y de un amigo, y que a mí me ha significado ser víctima de arresto ilegal, homicidio frustrado y apremios ilegítimos...».

En una resolución curiosa, los magistrados de la Primera Sala de la Corte de Apelaciones, decidieron tramitar el escrito como recurso de amparo preventivo y no como recurso de protección. Los abogados de Muñoz apelaron de inmediato, pidiendo reposición en contra de ese acuerdo. «Muñoz Morales no teme ser detenido, ni existe amenaza, perturbación o privación alguna sobre su derecho a la libertad: temé ser asesinado, como lo fueron su amigo y su mujer», se argumentó.

Ocho días más tarde se conocía el Oficio reservado N.º 4130 del Ministerio del Interior que confirmaba la improcedencia del amparo preventivo. «Esta Secretaría de Estado no ha dicta-

do orden o resolución alguna que afecte al amparado», informaba el ministro Sergio Onofre Jarpa el 14 de junio.

Entretanto, ninguna medida real de protección de Héctor Muñoz tomó el Tribunal, en vista de lo cual, decidió irse de Chile. Por esto, los abogados desistieron del recurso de protección.

A la prensa le respondí ante sus cuestionamientos:

«Nosotros sabíamos que, de irse Héctor Muñoz era natural que se intentara sacar un dividendo. Ya no le podíamos retener por más tiempo. Le habíamos pedido por favor —ya que le habíamos dado protección— que siguiera con los pasos que la justicia requiriera y hacer las declaraciones pertinentes si el caso salía a la opinión pública. Lo primero y urgente era brindar protección al testigo clave en un caso que estremecería al país. Su vida corría peligro. Lo segundo, dar a conocer los sucedidos a todo el país y al mundo. Lo tercero, poner los antecedentes en manos de la justicia y colaborar en buscar a los responsables. De allí en adelante, lo que sucediera con Héctor Muñoz dependía sólo de Héctor Muñoz.

Por eso, habiendo vivido durante casi un mes su pesadilla y sabiendo que estaba dominado por el temor, no hubo otra alternativa. Sentíamos que no podíamos seguir presionando mucho más para que se quedara. Además, desde el primer momento, su decisión era marcharse. En su primer encuentro con los hijos de María Loreto, creo que su segunda frase fue “me voy a tener que marchar del país”, y los niños llorando le dijeron “no te vayas, papá”. El les explicó que era bueno que se marchara durante un tiempo para que no le pasara lo mismo que a la mamá».

Respecto a la dilación en resolver el recurso de protección, me parece que la Corte actuó muy lento. El que ocurran así las cosas incita a que las personas busquen la seguridad por sí mismas, que es lo mínimo que un hombre puede buscar para sí mismo. Entonces se va, buscando la seguridad que no le dan los Tribunales.



P.—¿No cree usted que se ha producido un problema de imagen con el viaje del importante testigo?

R.—«Ahí hemos tenido que contrabalancear la imagen con la seguridad de la persona, con la que no podemos jugar y con el derecho a la autonomía que ella tiene. Sabíamos que su salida iba a afectar su imagen y se intentaría hacer un aprovechamiento y desviar la atención del hecho fundamental que es la muerte de María Loreto por una explosión de dinamita».

P.—Y si las acusaciones vagas formuladas por el Ministerio del Interior fueran ciertas ¿cómo cambiaría la actitud de la Vicaría respecto a lo ya hecho?

R.—«No cambiaría absolutamente nada si Héctor Muñoz fuera mirista. Cambiaría si no fuera persona. La Vicaría tiene nombre femenino y ve a Chile como madre: los hijos tienen cada uno derecho a buscar su destino. Y el que una persona pueda pensar de una determinada manera no es ningún delito. Si hubiera delito, hay Tribunales de Justicia que son los que deben entender de esos asuntos. Pero si este hombre llegara a ser mirista y se le hubiera tratado como denuncia que se le trató, por ser mirista, eso no tiene justificación de ninguna clase».

P.—Y si la presencia de Héctor Muñoz fuera necesaria para la investigación, ¿la Vicaría trataría de que volviera a prestar su colaboración?

R.—«La Vicaría pondría todo su peso en hacer que volviera. Pero hay que tener en cuenta, gracias a Dios, que no tenemos ninguna fuerza represiva que cumpla nuestras órdenes. Sólo tenemos nuestro imperativo y ascendiente moral ante él. En manos de Héctor estará decir: voy o no voy. Como Vicaría seguiremos jugándonos desde la verdad por la vida del hombre y sus valores fundamentales».

Jamás tribunal alguno, ni el Ministerio del Interior volvieron sobre el asunto, ni materializaron acusaciones. Todo fue, en efecto, un nuevo parto de los montes con el deseo de confundir y resarcirse de alguna forma del duro golpe recibido.

## Chile defiende la Vida

A raíz de los acontecimientos pasados, quise reflexionar con mis compañeros más inmediatos de la Vicaría sobre un proyecto que desde hacía días bullía dentro de mí.

La Vicaría no sólo debía ser excelente en el amparo y defensa de las víctimas. Era preciso que asumiera también un papel educativo que ofrecer a la Comunidad nacional. Los hechos ocurridos nos daban pie para realizar una fuerte campaña de movilización ciudadana que, de alguna manera, sirviera de muro de contención, al menos por un tiempo, a las tropelías de las fuerzas gubernamentales.

Era preciso no sólo denunciar, sino insuflar esperanza, dando cabida a cuantos quisieran sumarse a la defensa de la vida.

De aquella reunión salió el plan y el programa de los primeros pasos de la «Jornada Chile Defiende la Vida».

Uno de los más firmes y entusiastas colaboradores desde el primer momento fue José Manuel Parada, ahora asesinado por degüello, por carabineros de Chile.

Antes de establecer ninguna conversación para concertar voluntades, era preciso que nuestra propuesta entusiasmase. A ello nos dedicamos en cuerpo y alma. A los pocos días ya teníamos la propuesta: Se trataba de realizar en todas las ciudades y localidades del país una marcha hacia las fachadas de las catedrales respectivas u otro lugar céntrico y significativo. La gente marcharía con una flor en la mano y encendería una vela en los diversos pórticos de llegada. En la mañana, a las doce en punto, a través de radios amigas, por cassettes o altavoces instalados, se invitaría a cantar Gracias a la Vida, de Violeta Parra, y, en la noche, las familias escucharían un mensaje radiado que abriría la noche a la reflexión familiar en torno a la violencia y a la defensa de la vida.

Pretendíamos que la jornada fuera diferente cualitativamente a un día de protesta nacional.

Preveíamos que gente importante debiera ser quien convocara a esta jornada. Comenzaron a correr los nombres. Al principio mucho. Más tarde vimos la necesidad de reducirnos hasta completar media docena, sino, siempre dejaríamos a alguien afuera.

Acordamos que fueran éstos: El Cardenal Silva Henríquez, como hombre de Iglesia; Héctor Croxato, como Académico y hombre de la Universidad, Premio nacional de Ciencias. Por los artistas, al pintor Nemesio Antúnez que fue, además, quien diseñó el precioso cartel de la jornada. Por las mujeres, María Angélica Prats, hija del democrático Comandante en Jefe del Ejército, asesinado junto con su esposa en Buenos Aires. Por los trabajadores, a Clotario Blest, el más antiguo luchador y fundador sindical; y por los políticos, a Bernardo Leighton, ex vicepresidente de la República y admirado por todo el mundo.

Una vez alcanzada esta lista a la que dimos el nombre de Comisión Convocante, era necesario formar una comisión ejecutiva que hiciera posible el éxito de la jornada. En este momento había que iniciar la rueda de conversaciones.

A quienes primero invité fue al Bloque Socialista. Jorge Molina se dedicó de lleno a la campaña y dedicó muchísimas ho-

ras y esfuerzos a ella. Aceptaban participar en la comisión ejecutiva. Horas después llegaban a mi oficina los dirigentes de la Alianza Democrática: Gabriel Valdés, Enrique Silva Cimma, Armando Jaramillo y Lagos. Apoyaron la iniciativa. La Alianza nos enviaba a otro estupendo colaborador. Otras visitas previstas se fueron cumpliendo. El Movimiento Democrático Popular, los colegios profesionales, las diversas organizaciones de derechos humanos, el Comando Nacional de Trabajadores. Todos se sumaron estusiastamente. Sabían que no sólo era preciso aportar un sí verbal. Había que aportar mucho trabajo, discutir mucho para que esa mesa fuera una profecía de las posibilidades que todas las organizaciones tenían de trabajar juntas y unidas por el bien de Chile. Además, los gastos de propaganda, etc., correrían por partes iguales.

Ya estaban dados los primeros pasos. El tiempo corría y había que fijar fecha y organizar la realización de la jornada desde Arica a Magallanes. El desafío era arduo.

La primera labor que tuve que hacer en esta segunda etapa era conseguir la aceptación de las seis personalidades de la comisión convocante. Fue cuestión de desplazamientos y tiempo. Todos aceptaron gustosos con mucha sencillez y agradecimiento al mismo tiempo. Donde más problemas hubo fue en la aceptación del Cardenal. El —me decía— había sido retirado y no podía encabezar un llamado así sin la anuencia de la Conferencia Episcopal y del Arzobispo de Santiago. No quería interferir. Era razonable.

Viajé a los pocos días a La Serena donde residía el Arzobispo Piñera, Presidente de la Conferencia Episcopal por entonces. Acogió la iniciativa personalmente, pero creía que eso debiera ser aprobado por el Comité Permanente del Episcopado, quien, además, podía hacer una declaración escrita que sirviera de marco a tal convocatoria. Me insinuó que sería fundamental la opinión que expresaran sobre el asunto el Arzobispo Santos y el sacerdote general, el Obispo Contreras. Conversé con ambos. Había acuerdo. Les expliqué pormenorizadamente todo el programa.

Con todo esto en carpeta pedí entrevistarme con el Arzobispo de Santiago. Me expuso su temor a la posible manipulación del acto y me indicó que las gestiones para mi expulsión continuaban. No obstante, no se opuso. Podíamos continuar.

Todas estas gestiones más la promesa de declaración marco del Comité Permanente, atrasó del 15 de julio, primera fecha prevista para la jornada, al 9 de agosto su realización. Pero la declaración salió:

«Con una frecuencia alarmante, los chilenos estamos siendo dolorosamente conmocionados por las noticias que nos hablan de hermanos nuestros que han muerto a causa de la violencia.

En el último año hay casi un centenar de muertos en enfrentamientos y en otras circunstancias que no han sido suficientemente aclaradas. Ha habido asesinatos de miembros de las Fuerzas Armadas y de Orden. Hay víctimas inocentes caídas por efectos de hechos violentos; hay víctimas del frío y del desamparo. Y, lo que es más grave, poco a poco vamos perdiendo nuestra capacidad de respeto por la vida e incluso nuestra capacidad de asombrarnos ante hechos de esta índole.

Quienes creemos en el Dios y padre de nuestro Señor Jesucristo, lo reconocemos como el Señor de la Vida. El es su creador y su celoso defensor. Es el único que puede cautelar cada vida singular, independientemente de su ideología o comportamiento personal. Dios ama a cada hombre y mujer por el solo hecho de ser tal».

«Los Obispos somos servidores del Señor de la Vida. No podemos quedar indiferentes ante la muerte violenta y ante la decisión de matar que en estos hechos se manifiesta. Por eso creemos que es nuestro deber hacer un esfuerzo por recuperar el respeto por la vida y el honor debido a su Creador.

Por amor a la vida llamamos a todos los católicos y hombres de buena voluntad a hacer esfuerzos concretos por aumentar su capacidad de respeto por cada persona, mejorando sus relaciones humanas.

Por amor a la vida llamamos a todos a expresar en signos

concretos su voluntad de defender la vida de toda persona, y en toda circunstancia, ayudando así a crear un clima favorable a su dignidad.

Por amor a la vida llamamos a todos a dejar los métodos violentos que han causado tanta muerte entre nosotros.

Por amor al Señor de la Vida volvemos a pedir la más decidida voluntad de respetar en su integridad los derechos inalienables de la persona humana, cualquiera que sea su pensamiento o condición.

Por amor a la vida no queremos en Chile más muertes provocadas por la violencia».

En el comité ejecutivo corrió una bocanada de aire optimista. Las organizaciones que allí trabajaban, durante muchos años con sus nombres actuales o con otros, había muchas veces caminado por vías distintas y, a veces, opuestas. Había desconfianza, temor a que algún grupo manipulase a su favor el esfuerzo de todos. El asunto yo pedí que lo dialogáramos sin tapujo alguno. Y llegamos a acuerdos que después se cumplieron a rajatabla: Nadie llevaría banderas o gritaría consignas partidarias. Cada grupo sería responsable de la disciplina de sus bases para lo cual pondrían sobre la mesa qué medidas iba a propiciar cada organización. Mancomunadamente tomaríamos las decisiones sobre las personas que animarían desde los micrófonos el acto. El guión de ese día sería una producción aprobada por todos. Fue ejemplar el trabajo común. Me subyugaba la idea de ver un día a todos esos grupos trabajando así por otras metas que, hasta ahora, habían sido de imposible concertación para ellos.

El 3 de agosto y desde la valerosa Comisión Chilena de Derechos Humanos, la comisión convocante leyó su invitación a todo el país.

«Porque creemos en la vida, porque nos preocupa lo que atenta contra ella, lo que la empobrece, la limita, la destruye; porque queremos que la vida sea respetada siempre, convocamos a todos los chilenos, a todos los hombres y mujeres de bue-

na voluntad, a expresarse y realizar, bajo el lema «Chile Defiende la Vida», estos tres sencillos gestos:

Al mediodía del jueves 9 de agosto, se invita a todos los chilenos a reunirse a cantar o a escuchar —en sus casas, lugares de trabajo y de estudio, o dondequiera que estén— la canción de Violeta Parra «Gracias a la Vida». Ese mismo día, entre las 17.00 y 19.00 horas, se propone llevar una vela encendida y una flor al atrio de la Catedral como testimonio de nuestra decisión de respetar, promover y defender la integridad y la plenitud de la vida de todos los chilenos. Después de dicha ofrenda, se invita a que, en familia, se abra una noche de reflexión y silencio».

La comisión ejecutiva me había pedido que el Vicario de la Solidaridad debía exponer en un escrito los motivos de la convocatoria de forma analítica y documentada. Respondiendo a ello, escribí y publiqué un folleto que se tituló «Por una Cultura de Vida... Basta de Muerte». En él, a lo largo de 100 páginas iba dando cuenta del estado actual del derecho a la vida en Chile, donde durante los últimos doce meses habían sido asesinadas 100 personas.

«El derecho a la vida tiene ciertamente variadas acepciones. En un sentido amplio este derecho abarca todo aquello que se relaciona con la existencia y calidad de la vida humana. Desde ese punto de vista, el derecho a la vida se vincula con el conjunto de los derechos sociales y básicamente con la posibilidad, para los hombres, de satisfacer sus necesidades mínimas de tal manera que éstas puedan desarrollarse plenamente. Por todo lo anterior, podría decirse que el derecho a la vida será siempre una gran aspiración, una gran meta de la humanidad: la de avanzar hacia condiciones de convivencia en que el hombre pueda desarrollar en el mayor grado todas sus potencialidades. El Derecho al trabajo y todos aquellos que se relacionan con la libertad son entonces inseparables del derecho a la vida en su acepción más amplia.

Pero no hablemos, por esta vez, del derecho a la vida en sentido amplio, sino en su acepción restringida y elemental: el que la vida sea respetada, en el marco de un estado de dere-



cho, de un sistema jurídico y de unas condiciones institucionales que la protejan.

Por ello hablamos aquí sobre todo de la vida humana amenazada por la represión.

La muerte de María Loreto Castillo y la consiguiente destrucción de su cuerpo con explosivos —así como las circunstancias que rodean el caso— han causado sorpresa, miedo, consternación o indignación. Sin embargo, no se ha formulado una reflexión adecuada de las condiciones en que se encuentra actualmente el derecho a la vida en nuestro país, y no se ha asumido la gravedad de la situación.

En efecto, si consideramos desde el 11 de mayo de 1983 hasta el 11 de mayo de 1984, vale decir, desde la Primera Protesta Nacional y hasta la última, nos encontramos con que un centenar de personas han resultado muertas a causa de la represión.

Cierto es que, aunque se tratara sólo de una muerte, esto sería grave. Pues como bien decía un escritor, cada hombre «es un ensayo único y precioso de la naturaleza... Si cada uno de nosotros pudiese realmente ser borrado por completo del mundo por una bala de fusil, no tendría ya sentido alguno relatar historias. Pero cada uno de los hombres no es tan sólo él mismo; es también el punto único, particularísimo, importante y siempre singular en el que se cruzan los hechos del mundo, sólo una vez de aquel modo y nunca más».

Pero si una muerte es grave, no menos lo será el centenar de muertes ocurridas en medio de un clima que evidencia un verdadero desprecio al derecho a la vida.

¿Quiénes han sido las víctimas?

Cien muertes es apenas una cifra. Pero no se trata de números: eran cien personas, hombres o mujeres, con sentimientos, familia, hijos, padres, hermanos, con sus historias y sus esperanzas.

Ahora bien, ¿quiénes eran estos 100 compatriotas muertos por la represión?

Para empezar, 82 eran hombres y 18 mujeres. Si miramos este mismo total desde el punto de vista de las edades, resulta

que 24 tenían dieciocho años de edad o menos. Ocho de estos 24 eran niños de catorce años o menos; 32 eran jóvenes de entre diecinueve y veinticinco años; 31 tenían entre 26 y 49 años; seis tenían cincuenta años o más. En siete casos se ignora la edad que tenían las víctimas.

En cuanto al oficio o actividad que desempeñaban estas personas fallecidas, ellas corresponden a las siguientes:

Veinticinco eran obreros;  
catorce eran estudiantes;  
tres eran artesanos o artistas;  
tres eran dueñas de casa;  
dos eran empleados;  
tres eran transportistas o se desempeñaban en labores afines;  
dos eran profesionales;  
uno era ex cabo de ejército;  
nueve eran trabajadores varios, técnicos menores, trabajadores por cuenta propia u otros.

En 27 casos se ignora cuál era la actividad que desempeñaban. En tres casos, simplemente, no podían tener actividad definida, eran menores de cuatro años. De acuerdo a la información disponible, ocho de las víctimas se encontraban cesantes.

### *¿En qué circunstancias murieron estas personas?*

El conjunto de muertes se produce en circunstancias diversas. Si se trata de caracterizar esquemáticamente dichas circunstancias, podrían distinguirse las siguientes grandes situaciones, en orden de importancia según el número de víctimas:

#### *Muertes en represión masiva (74 casos)*

Con ocasión de protesta: Se trata de muertes indiscriminadas. Ellas alcanzan sin distinción a personas que protestaban o

a otras que no estaban participando en manifestaciones. Estas muertes son el resultado de una forma de reprimir a la población a través de enormes y desproporcionados operativos casi de carácter bélico. En estas circunstancias han muerto 65 personas.

Con ocasión de manifestaciones masivas distintas de protestas: En estos casos, la forma de reprimir no difiere fundamentalmente de la anterior, aunque se trata de hechos más circunscritos o limitados. Por lo mismo, es más baja la proporción de víctimas no relacionadas directamente con las manifestaciones. En estas circunstancias han muerto nueve personas.

### *Muertes por abuso de poder (13 casos)*

En abusos de poder aislados: Denominamos así a aquellas situaciones en que la muerte se origina en comportamientos violentos de agentes policiales o de seguridad, sin mediar actos que justifiquen tales acciones y que no tienen un origen institucional represivo. Estos hechos más bien corresponden a una conducta individual desviada de parte de agentes policiales. Con todo, estas muertes no son comprensibles sólo a partir de un análisis de las acciones de individuos aislados: estas muertes, aparentemente sin raíz política, se han dado con mayor facilidad en medio de un clima de violencia; guardan, asimismo, relación con una tendencia al comportamiento prepotente y desmedido de agentes oficiales en situaciones de carácter personal, pero ese comportamiento ha sido fruto, probablemente, también de un sentimiento de superioridad e impunidad desarrollado en el interior de los aparatos policiales o de seguridad, a través de años en que se han llevado sistemáticas violaciones de los derechos humanos, sin que hayan sido castigadas por la justicia o sancionadas ejemplarmente desde otras esferas del Estado. En estas circunstancias han muerto ocho personas.

En abusos de poder institucionales: Aun cuando no hay un límite exacto entre el anterior tipo de situación y ésta, hemos

querido llamar así a aquellos abusos de poder que se producen, sobre todo, en el interior de cuarteles o recintos policiales. Se trata de situaciones que provocan muertes igualmente, sin el carácter de las señaladas anteriormente, también como parte de acciones personales de agentes oficiales y que no corresponden a una política represiva definida. Pero en la medida que estas muertes ocurren en recintos regulares de la policía civil o uniformada, requieren de un mayor compromiso, o al menos de una tolerancia de parte de otros agentes policiales, y que por lo mismo comprometen a las instituciones de las que los causantes de las muertes pertenecen. En todos estos casos, las versiones oficiales son muy diversas, y su pretensión, en algunos de ellos, es justificar lo ocurrido. En estas circunstancias han muerto cinco personas.

#### *Muertes en actos de represión política individual y selectiva a disidentes u opositores políticos (10 casos)*

Lo que las caracteriza, en primer término, es que se trata de represión a personas determinadas, las más de las veces previamente escogidas o investigadas, con militancias políticas definidas, o militancia sindical, o de algún tipo afín; o, en último término, relacionadas con partidos políticos aun sin pertenecer formalmente a ellos. Esto marca una diferencia con todas las anteriores situaciones, en que las víctimas podían ser, como de hecho ha ocurrido en más de una ocasión, indiferentes o partidarios del régimen. En estas formas de represión individual, asimismo, pueden caer personas no identificadas previamente, pero participantes directas —o al menos sindicadas como tales— en acciones armadas reprimidas por las fuerzas policiales o de seguridad. Las formas como ellas han ocurrido son las siguientes:

En enfrentamientos reales: Se trata, obviamente, de muertes relacionadas con hechos en que tanto las víctimas —o per-

sonas cercanas a ellas— como los agentes de seguridad o policiales han disparado efectivamente.

En enfrentamientos dudosos: Tal es el caso de aquellas situaciones en que, efectivamente, pudo haber habido algún grado de enfrentamiento, pero en que existen a la vez elementos relevantes que hacen pensar lo contrario, sin llegar a tener certeza en uno u otro sentido. Pero también puede referirse a situaciones en que existía una correlación de fuerzas de tanta ventaja para los agentes policiales o de seguridad que el resultado casi exclusivo que podía esperarse era la muerte de la persona reprimida. A la vez, una situación concreta de aplastante superioridad numérica y de armamento de parte de quienes reprimen, hace pensar que en tales situaciones objetivamente se pudo evitar un enfrentamiento, de haber existido una efectiva voluntad de evitarlo.

En enfrentamientos inexistentes, o en circunstancias afines: Se trata, sin duda, de situaciones como las anteriores, pero asociadas a ciertos procedimientos que las hacen aún más preocupantes. Las muertes provocadas así aparecen acompañadas a otras acciones, dirigidas a confundir a la opinión pública y/u ocultar ante la justicia pruebas de los delitos que se cometen en conexión con estas muertes. Históricamente se han presentado variadas formas, en algunas de las cuales los agentes policiales o de seguridad reconocen participación en el contexto de versiones que difieren de la realidad. En determinadas circunstancias, las versiones falsas acerca de enfrentamientos parecen ser un medio para desinformar una muerte que ha sido provocada previamente con otros métodos.

En otras, las versiones parecen destinadas a recubrir muertes que son virtualmente ejecuciones.

En otras circunstancias, en que no se llega a tener exacta claridad de cómo ocurrieron los hechos, pero existiendo un fin o móvil político en la muerte de la víctima (dos casos).

En suicidios derivados directamente de acciones represivas (un caso).

En estas circunstancias, durante el período, ha muerto una

persona. Sin embargo, debemos dejar constancia que ha habido otros casos, ya considerados anteriormente: dos en eventuales suicidios en comisarías y otro a causa de represión en protesta.

Además de las anteriores, existe otra circunstancia relacionada con la represión política individual, a la que no corresponde ningún caso entre el 11 de mayo de 1983 e igual fecha de 1984. Tal es la circunstancia en que muere en el pasado, por ejemplo, el pintor Hugo Riveros, y en el presente, María Loreto Castillo. Si hubiera que definir este tipo de muerte, podría decirse que se trata de muertes en las que las fuerzas de seguridad niegan toda participación. Son casos oscuros desde el punto de vista de la forma exacta en que ocurrió la muerte y, sin embargo, con presencia de elementos que indican que la víctima ha sido previamente detenida. En algunas de tales circunstancias, los organismos de seguridad han entregado versiones que dicen que las muertes han sido provocadas por los propios «extremistas» contra sus compañeros, o que son fruto de accidentes originados en las mismas supuestas acciones extremistas.

¿En qué lugares fallecieron las personas muertas en el período analizado?

Nos referiremos, en primer término, genéricamente, a la ubicación geográfica de los hechos.

Ochenta y cuatro personas, o lo que es lo mismo, un 84 por 100 de las muertes ocurrieron en Santiago; en tanto que las restantes, vale decir, un 16 por 100 sucedieron en provincias.

El escrito, del que se publicaron muchos miles, contenía los casos individualizados y pormenorizados de cada una de las 100 víctimas.

Desde aquel día y hasta hoy, la frase «cultura de la vida» entró, según me dicen, en la historia de estos tres años tristes como una clave de movilización, conciencia y denuncia. Ojalá entrara como una realidad tangible de nuevos aires para Chile.

El 9 de agosto había estado precedido de asaltos a locales de organizaciones participantes, especialmente del MDP. Temía-

mos que las banderas robadas fueran esgrimidas por infiltrados que quisieran provocar el caos y convertir el acto en una movilización del Movimiento Democrático Popular, desvirtuando el carácter pluralista de la jornada. Propuse a los dirigentes que hiciesen saber que quien llevara divisas partidarias o las gritara, fuera aislado por la concurrencia y señalado como infiltrado. Conocida la declaración, no asomó ninguna señal durante el acto y aseguró aún más la disciplina de todos los grupos políticos.

Llegó por fin el gran día. El sol acompañó a los chilenos en este canto por la vida.

Hacia las 11:00 de la mañana ya empiezan a reunirse numerosos grupos heterogéneos en todas partes. Muchos colegios desde los primeros cursos hasta los últimos dedicaban el mayor número de horas a esta Jornada para la vida.

En ese mediodía luminoso, al sonar las 12:00 y como estaba programado, rompió los aires de Chile la canción «Gracias a la



La marcha por la vida convocó la esperanza de los libres.

Vida». En esquinas del centro de Santiago, barrios, poblaciones marginales, frente a los atrios de las iglesias, en fábricas y oficinas, el mensaje esperanzador de la canción unió manos, voces, conciencias y anhelos. Conductores de autobuses urbanos elevaban el volumen de la radio y todos los pasajeros rompían a cantar.

Era un paisaje inédito. A muchos mientras entonaban las estrofas les caían gruesas lágrimas a través de las mejillas. La canción era un grito por la llegada de la cultura de la vida.

Hacia las dos de la tarde ya teníamos las noticias de distintas partes del país. La primera nos llegó de Punta Arenas. El télex nos hablaba de muchos miles esparcidos por todas partes de la ciudad participando en los actos de la Jornada por la Vida. Así se repetían las noticias telefónicas de otras ciudades.

Hubo escasos incidentes con la policía. El más serio en Santiago. Delante de la Catedral y a los pies de la Vicaría. Se habían reunido varios miles de personas. Al terminar el canto fueron dispersados con camiones lanzaagua y llovieron las porras de los carabineros.

Este hecho nos hacía temer por el acto masivo de la tarde. Nos pusimos en contacto con el Subsecretario del Ministerio del Interior. La conversación con Cardemil fue dura, tensa. Por fin nos dio el nombre del mayor Hernández a cargo de la seguridad del centro de Santiago. Hizo la promesa de retirar a las fuerzas que estaban apostadas hacia las tres de la tarde, pasó esa hora y continuaban allí. Se le llamó de nuevo. ¡Qué tranquilidad cuando vimos que los autobuses, camiones y jeeps encendían sus motores y se alejaban!

A las 17:00 horas comenzó la marcha hacia los atrios de la Catedral de Santiago, como en todas partes. Al poco rato era una ingente riada. Estudiantes, trabajadores, dueñas de casa, parados, religiosos, artistas, profesionales, políticos, niños y ancianos convergían sus pasos hacia el lugar por las arterias del sur, oriente y poniente. Se trataba de que nadie se estacionara en la amplia plaza para que todos pudieran depositar su flor por la vida.



La columna principal tuvo una longitud de diez manzanas y una anchura compacta de cincuenta metros. La multitud estuvo pasando durante tres horas.

Nuestros cálculos de participación habían sido extraordinariamente sobrepasados. Unos hablaban de cien mil, otros de doscientos mil, otros de un cuarto de millón. Poco importaba. Era una ingente multitud la que quería adelantar la primavera de Chile.

Mucha gente de edad había ido en esas horas a los atrios de las iglesias más cercanas a su vivienda. No se habían atrevido a ir hasta el centro.

Mientras el acto lleno de canciones, de gritos por la vida iba llegando a su fin, mi oficina se iba llenando de visitas: obispos, dirigentes sindicales, presidentes de partidos democráticos, amigos, querían agradecer este día de euforia contagiosa.

Ya sólo quedaba que la noche fuera noche de reflexión.

A través de toda la jornada queríamos demostrar en primer lugar al gobierno que el pueblo tan golpeado, que las organizaciones democráticas eran no violentas, que sus hechuras eran de paz. Y también quisimos dejar en claro que toda la oposición tan jibarizada podía trabajar unida. Devolviendo así la esperanza a tantos chilenos desilusionados por la falta de un acuerdo que los englobara a todos sin excepción.

Al salir de la Vicaría, hacia las 21:00 horas, los muros de la catedral y los alrededores de la Plaza de Armas estaban llenos por miles de velas encendidas. El espectáculo era sobrecogedor. Mientras iba camino de casa del Arzobispo para darle cuenta del desarrollo de la jornada, continué viendo en cada iglesia que pasaba, cientos de velas en sus atrios. Esquinas donde aún permanecen los pabilos encendidos.

Mientras volvía para casa escuché mi voz a través de la radio. Había comenzado la noche familiar. Indirectamente tratábamos con ese acto en el interior de los hogares impedir que la noche se convirtiera por falta de contenido en un momento de protesta con la consabida represión. Los actos del día habían llenado de ira y con muchas ganas los «guardadores del

orden» estarían deseando descargar su frustración. La jornada finalizó en el silencio preñado de certeza: vendrán los nuevos días en que resultarán vanos todos los intentos para retrasar la llegada de la luz.

Como memoria de la Jornada Chile Defiende la Vida, escribí: «Fue un clamor. Chile entero se concertó. ¡Qué hermoso sentir palpitar a un pueblo unido cantando a la vida, a la esperanza, a la alegría. Es un gesto profético de todo un pueblo.

Se quiere la vida. Se la ama. Hay voluntad de que florezca de mil maneras en nuestro Chile.

Este gesto nacional es una pista promisoría, las grandes causas se defienden con medios apropiados a esas grandes motivaciones. Modos y medios que ensanchen el espíritu, que aumenten la esperanza de este pueblo nuestro.

Pienso que en este país hay una coincidencia prácticamente unánime. Podremos discrepar, habrá proyectos diferentes, pero discrepancias y proyectos tienen una frontera negativa: jamás la muerte como precio o como saldo.

Pero buscamos no fronteras, sino caminos amplios. Por delante hay hermosos desafíos de la plenitud de vida.

Tenemos que seguir caminando para que el gesto profético se haga concreto desde cada rincón hasta la patria entera.

Dios camina junto a su pueblo construyendo con nosotros el futuro de vida. Nos alienta acompañarlo desde su fuerza y convencido de la victoria de la vida».

«Mirad, yo voy a crear un cielo nuevo y una tierra nueva: de lo pasado no habrá recuerdo ni vendrá pensamiento, sino que habrá gozo y alegría perpetua por lo que voy a crear; mirad, voy a transformar a Jerusalén en alegría y a su población en gozo; me alegraré de Jerusalén y me gozaré de mi pueblo, y ya no se oirán en ella gemidos ni llantos; ya no habrá allí niños malogrados ni adultos que no colmen sus años,

pues será joven el que muera a los cien años,  
y el que no los alcance se tendrá por maldito.  
Construirán casas y las habitarán,  
plantarán viñas y comerán sus frutos,  
no construirán para que otro habite,  
ni plantarán para que otro coma;  
porque los años de mi pueblo serán los de un árbol,  
y mis elegidos podrán gastar lo que su manos fabriquen.  
No se fatigarán en vano,  
no engendrarán hijos para la catástrofe;  
porque serán semilla bendita del Señor,  
y como ellos, sus retoños.  
Antes que me llamen yo les responderé,  
aún estarán hablando y los habré escuchado.  
El lobo y el cordero pastarán juntos,  
el león con el buey comerá paja.  
No harán daño ni estrago por todo mi Monte Santo  
—Dice el Señor—. (Isaías 65, 17-25)».

Amén. Amén. ¡Que así sea! ¡Que así sea!

En los días sucesivos celebramos varias reuniones de evaluación con los miembros del Comité Ejecutivo de la Jornada. Allí comenzaron a cristalizar otras actividades. Lo habíamos demostrado entre todos. Era posible pensar, actuar y marchar juntos. ¿Acaso no teníamos pruebas suficientes para proseguir en esa línea? Y surgió la idea de elaborar las pautas de un pacto común. El Pacto Constitucional.

Preveíamos que no había graves dificultades en que fuera redactado y aceptado por los partidos que componían la Alianza Democrática. Era preciso que no quedara marginado el Movimiento Democrático Popular. El Bloque Socialista fue un ejemplo en la búsqueda de entendimiento entre las partes.

Por aquellos días un significativo grupo de personalidades del conservador Partido Nacional acercaban sus posturas a las de la Alianza Democrática. Eso era una excelente noticia, pero

entrañaba que de sumarse al pacto, acarrearía dificultades y endurecimientos por parte del MDP.

Se imponía el tesón para asumir esta tarea. Intenté recordar lo que habíamos realizado juntos y la motivación para que no muriera como una anécdota la jornada del 9 de agosto. Con altos y bajos se continuaba trabajando por el pacto constitucional. ¿Cuándo se llegaría a firmar? Muchos años de desencuentros y de posturas dogmáticas hacían difícil el camino. No obstante, caminábamos.

Por amor a Chile y, en especial, por amor a los pobres de la patria era impostergable llegar a la unidad. Parecía necesario que se aflojara la cuerda que estaba dividiendo a Chile en dos polos.

Insistí mucho entonces en la preocupación que tenía por la «salvadorización» de la sociedad chilena. Eran preocupantes las opiniones emitidas por el Ministro del Interior, Onofre Jarpa en entrevista concedida a la periodista Blanca Arthur y publicada por el diario El Mercurio: «Yo creo que este país está dividido en otros términos: los chilenos que tienen conciencia de chilenidad, independencia, libertad, democracia y los que quieren amarrarnos al carro soviético». Enfatizaba el ministro que las derechas, izquierdas y centros políticos estarían en Chile superados. «Hay una alternativa nacional y popular representada por este gobierno y por la gente que lo apoya», dijo.

Mantener esta división polarizada entre «patriotas» y «enemigos» era una falsa disyuntiva, sólo explicable cuando una lógica de guerra es la que impera. Pero no es esa la lógica política de la civilidad, que está llamada a mantener vivos los valores de la sociedad. A menos que se tenga la voluntad política de llevar al país a un enfrentamiento, esta lógica de guerra debía ser drásticamente sustituida. Para construir una cultura de vida.

Tampoco los datos económicos eran los más alentadores. El economista Sergio Molina señalaba (24 de julio) que «el país no podrá pagar el servicio de la deuda externa con recursos propios. Ni amortizaciones ni intereses». Y agregaba que para

pagar sólo los intereses se tendría que contraer deudas que entre 1985 y 1990 sumaría más de quince mil millones de dólares. Esto quiere decir que casi habría que duplicar la deuda externa actual llegando en 1990 a cerca de treinta y cinco mil millones de dólares. Sergio Molina señalaba también que con las actuales políticas económicas sólo se podría reducir la desocupación en un uno por ciento por año. A ese ritmo la desocupación llegaría a niveles normales después del año 2000.

Así, la vida no se hacía sólo difícil. Era necesario que se buscara construir una cultura de vida.

El camino —sostuve en una conferencia de prensa— es la concertación de los demócratas para hacer un proyecto unitario que responda a las necesidades fundamentales de las personas. Esto es urgente. Y es un escándalo —que nuestro pueblo no entiende— esta falta de unidad. Creo que es preciso un enorme sacrificio personal y de todas las colectividades por mirar hacia las necesidades del país, a las realidades concretas, a los hombres de carne y hueso, a los rostros. La democracia plena es el mejor camino. Un país, cuando es invitado a participar, cuando promueve la común unión de todos los habitantes, llega a encontrar salidas.

Con estas sencillas palabras quería seguir luchando para que no se extinguiera la luz del posible pacto constitucional.

Los primeros recibos que debíamos pagar por la jornada del 9 de agosto no tardaron en llegar. Quien inició el ataque fue el propio Pinochet. En un desayuno con corresponsales de la prensa extranjera decía enfurecido:

(versión grabada)«...Lamentablemente, no puedo destinar todo el Servicio de Inteligencia a buscar extremistas, no más. Hay otros casos que interesan. Pero hemos encontrado extremistas. Días pasados encontramos en Valparaíso. Estamos encontrando y tenemos huellas. Ahora muchas veces hay que dejarles que engorden para poder tomarlos a todos. Hay bastante gente de-

tectada. Y usted ve que cuando detectamos un hombre lo tomamos preso, salta de inmediato la Vicaría de la Solidaridad, que es más comunistoide que los comunistas, partiendo del jefe. No me refiero a nadie en especial. Eso puede parecer raro y tiene que ser buscado en la guía de nombres. No sé quién será el jefe. No lo conozco. Pero a partir de arriba hacia abajo es pura... Detienen a un comunista y al otro día tenemos 20 recursos de amparo. Porque los abogados que hay en la Vicaría..., casi todos son comunistas, casi todos son comunistas. Y no me vengan con la historia que no. Eso sí que lo pueden decir».

La versión de tales improperios la tuvimos a los pocos minutos de ser pronunciados. Un corresponsal amigo había guardado en un bolsillo de su chaqueta un pequeño aparato de grabación. Al salir de aquella reunión acudió rápido a mi oficina.

No obstante, una versión oficial de lo dicho emanó del Palacio de la Moneda en la tarde de ese día, en ella ahora se decía: «...Sin embargo, es difícil aplicar las sanciones legales que corresponden, pues cada vez que es detenido un terrorista de inmediato aparecen los abogados de la Vicaría de la Solidaridad presentando los respectivos recursos de amparo. Algunos de estos abogados son reconocidamente comunistas».

La Asociación de corresponsales —por primera vez en Chile— desmintió públicamente esta versión oficial.

Al día siguiente (17 de agosto) los abogados de la Institución concurrieron hasta el Colegio de Abogados solicitando protección para el libre ejercicio de la profesión y poder brindar protección en derecho a todo ciudadano. Una declaración elemental de principios que la Orden debería emitir.

El ataque de la más alta autoridad del país —el más directo y grave en los 11 años— a una Vicaría de la Iglesia de Santiago fue seguido de innumerables muestras de adhesión y afecto. Provenientes desde particulares, organizaciones de la base social, comunidades cristianas, sindicatos y federaciones, organismos de derechos humanos, organismos de Iglesia, colegios profesionales, personeros políticos de todo el espectro ideológico, cables de muchas organizaciones internacionales.

Los últimos días de agosto fui sorprendido por un hecho extraño. A través de distintas personas tuve conocimiento que tres agentes de la policía política querían conversar conmigo.

Cuando me comunicaron que un miembro del ejército en comisión de servicios en la DINA y la CNI quería contarme todo lo que sabía, me pareció una excelente noticia. Pero el que ya fueran tres en sólo un espacio de diez días me incomodó. Temí caer en una trampa urdida con un fin digno de temer.

¿Qué estaba sucediendo?

Recuerdo la visita por esos días del director de la Revista «Cauce», también tenía entre manos el caso de un militar de la Fuerza Aérea, quien estaba confesando toda su terrorífica acción.

El rumor de un golpe de estado para los primeros días de septiembre estaba extendiéndose por ciertos grupos elitistas. Los augures pronosticaban que se pretendía eliminar a Pinochet mediante la sublevación de un grupo de generales encabezados por un militar que abriera los cauces de participación durante una temporada. A Pinochet le cargarían toda la negrura y los asesinatos de los años pasados. De modo que el ejército limpiaría sus manchas. Detrás de todo, me aseguraban, estaban los Estados Unidos, inquietos con la intransigencia del dictador.

Los actuales «confidentes confesantes» no eran sino gallinas que olían la presencia del zorro y huían pretendiendo ganar un pasaporte para después.

Muchas veces los rumores son los sueños de los deseos, pero la realidad no se compadece de ellos y los sueños —como decía Calderón— sueños son.

Me animé a conversar con los actuales delatores del régimen. Antes les indiqué que me ofrecía a escucharles si aceptaban dos condiciones: en primer lugar no les escucharía en confesión. Si eso era lo que pretendían, les podría indicar algún sacerdote y ahí terminaría todo. Yo les escucharía con el fin de que su relato pudiera ser usado para ubicar víctimas y proteger a las personas que fuera preciso y reconstruir parte de la his-

toria pasada. Segunda condición era que me acompañaría un abogado de la Vicaría.

Todos aceptaron las condiciones. Me aseguraron mediante las tres distintas personas que hacían de enlace, que ellos deseaban hablar para así pagar de algún modo la deuda que habían contraído con Chile.

Comenzaron las conversaciones. Tuvimos que buscar lugares insólitos y resguardados para poder realizar el trabajo con todos los requisitos de seguridad. Cada informador iba a requerir muchas horas y días.

La primera meta que nos propusimos con cada uno era verificar quienes eran, la verdad de cada hecho que nos narraran y asegurarnos que no había complot.

El 16 de agosto en la mañana fue el encuentro con nuestro primer confidente. Estaba sumamente nervioso. Comenzó desde lo que él suponía que podía ser el inicio de sus actividades en la DINA en enero de 1974. Nos estaba narrando su participación en la detención de una estudiante secundaria a la que violaron y después asesinaron, cuando el abogado que me acompañaba le interrumpió para decirle a bocajarro que él había entrado a formar parte de la DINA no en enero del 74 sino el 14 de diciembre del año 73. Le dijo cual era su apodo dentro de la organización y le refrescó la memoria con el asalto y detenciones en los que había participado en Navidad del 73. Nuestro hombre palideció como el mármol. Se levantó bruscamente y se arrinconó contra la pared. Estaba aterrado. Se sabía su nombre de guerra. Le dijimos que se calmara, que si quería continuar hablando lo hiciera, pero contándolo todo, sin dejar nada en el tintero. Le aseguramos que teníamos su historial perfectamente al día.

Al terminar la primera reunión, el hombre nos daba exhaustivamente cuenta de todas sus andanzas. Le pregunté al abogado cómo había sido capaz de reconocer tan inmediatamente al agente. Yo sabía que tenía una memoria prodigiosa y se había especializado concienzudamente a través de testigos, de una larga lista de miembros de la DINA y de la CNI. Había elaborado



«currículums robot» de muchos de ellos. Un día tendrán enorme importancia. No dudamos que en los archivos de esas instituciones criminales estarán nuestras fichas bien documentadas. Pero no sólo ellos tienen archivos. Por lo general durante los frecuentes actos y celebraciones catedralicias detectábamos infiltrados. Una buena parte de ellos quedaron impresionados en nuestra película con sus rostros esperando el futuro.

Durante esas conversaciones me sentía dividido por dos sensaciones opuestas. Sentía compasión por ese hombre destruido, convertido en basura por un aparato que aprovechando su inicial idealismo purificador los acaba convirtiendo en monstruos. Pensaba en el futuro de miedo y fuga para cada uno de ellos. Pero a medida que nos contaba sus actuaciones, muchas veces aberrantes de sadismo una náusea me invadía por completo. Me producía asco seguir mirándolos. En el gusto por el detalle macabro se denotaba la anormalidad. Un experto podría emitir una opinión más científica, pero a mí me producían la certeza de que no había arrepentimiento alguno. Sólo buscaban que alguien les regalara milagrosamente la paz que habían perdido para siempre.

La justicia un día no lejano deberá entender de esta gente que en la impunidad sacaba sus autos a la calle, detenía a quien quería, usaba a las mujeres para darse noches de placer patológico y después las dejaba tiradas con dos balazos en la cabeza o, como en Arica, despeñadas contra las rocas y la mano separada del tronco.

Me resisto a participar como eco de tanto aquelarre. Es más terrible que lo imaginable. Todo quedó recogido. Nada se perderá. Muchas cosas nos sirvieron de inmediato como el número, los nombres y lugares desde donde se vigilaba a la Vicaría. Jamás había participado en una experiencia humana tan destructora y dolorosa en mi vida. Aquellas noches me despertaba gritando. Mis sueños se llenaban de pesadillas imaginándome los sufrimientos de las víctimas.

Si jamás reconocí la legitimidad al régimen, ahora el asco y

la voluntad de no acostumbrarme a él me dominaban por entero.

Estos días, previos a mi viaje a Estados Unidos, habían servido de triste, pero excelente preparación para llevar la voz mía y de otros a centros de poder que algo podían hacer por un Chile más humano.

Lowel Kielday, Secretario Adjunto para Asuntos Interamericanos del Departamento de Estado, llegaba hacia las 11.30 de la mañana a mi oficina. Venía un tanto perplejo de su entrevista con Pinochet. Tras los saludos y sonrisas de rigor, el dictador le había espetado que no deseaba oír ninguna recomendación sobre Chile. Sólo pedía que no se entrometiesen en sus asuntos como él no lo hacía con los Estados Unidos. Los chilenos no necesitaban consejo alguno porque tenían muy claro por dónde había que ir. En fin, decía Kielday, «me insistió repetidas veces en que no quería oír hablar de Chile, ¡que le dejáramos en paz!». Su tono descifraba el sarcasmo de su papel. Una sonrisa de quien ha visto ya mucho en su vida apaciguaba su mal humor. Nos pidió información reciente de la situación de los derechos humanos. Le aportamos nuestros informes mensuales y estuvimos conversando del futuro. Para todos los que estábamos reunidos la falta de salidas viables era preocupante. «La arrogancia» —se dijo al pasar— puede llevar al país a situaciones incontrollables. Esa era nuestra tesis. Temíamos que cualquier día saltara la chispa que incendiara todo. La caldera seguía subiendo de temperatura y un incidente provocado o fortuito podía lanzar a la calle a muchos hastiados. Las calles se bañarían en sangre, pero ya habrían quedado rotas las compuertas y la proliferación de acciones contra el ejército de ocupación y lo que él representaba estarían a la orden del día. El 73 podría repetirse con toda su virulencia. Conocíamos la existencia de planes minuciosos para sofocar y aplastar la rebelión en las principales ciudades del país.

No pasaba semana sin que algún representante de países extranjeros nos visitara. Por entonces tuve el gusto de recibir a los compatriotas Elena Flores, Manuel Chaves y Salvador Clotas

del PSOE, quienes se encontraban en Chile para conocer «in situ» los avatares del país y conversar con sus correligionarios. Los socialistas seguían dando un espectáculo deplorable de divisiones intestinas. Nuestros parlamentarios españoles se iban con amargura y pesimismo, especialmente por las trizaduras de la oposición al régimen. Es muy duro desear y trabajar por un mejor futuro para el pueblo chileno y encontrarse con reyertas pueriles, celos personalistas por doquier en la clase política. Un día, ese mismo pueblo deberá descalificar a quienes por las causas que fuere, entorpecieron y ridiculizaron a la disidencia chilena. Quizá la vieja clase política chilena educada en el caudillismo sea hoy un inconveniente para la concertación eficaz y necesaria. Querer convertirse en «prima donna» cuando sólo se posee una voz corriente da como resultado representaciones cómicas. El deseo de algunos porque su nombre ocupe el espacio dejado por los caudillos desaparecidos ciega el camino hacia adelante y exagera la lucha de cuantos se sienten también herederos. A veces pienso, con tristeza, que lo prioritario para la clase política chilena en la recuperación de la democracia es la recomposición de ellos mismos como clase hegemónica.

Por la futura estabilidad democrática y por respeto al enorme sufrimiento del pueblo chileno, será necesario que la clase política perciba que la sociedad chilena que en estos años oscuros —especialmente las mayorías pobres— ha cristalizado en un sin fin de organizaciones autónomas que ojalá se fortalezcan, y que el aparato del Estado no es algo para ser asaltado, sino para que funcione sin mitificación alguna, eficientemente al servicio del bien común.

La democracia en Chile no sólo se busca como forma de gobierno, sino como forma de vida.

Los americanos seguían visitándonos. Aprovechaban su tiempo estival para darse una vuelta por este lejano país.

Paul Trible, Senador del partido conservador por Virginia, se llevaba una acalorada exposición de lo que minutos antes de su llegada me había ocupado. Dos jóvenes, entre otros mu-

chos, habían llegado a la Vicaría. Uno, estudiante, estaba en el recinto del servicio médico, tenía el oído medio de ambas orejas perforados por la picana eléctrica. La cabeza le estallaba, tenía náuseas, vómitos. El otro, le acompañó hasta mi oficina el siquiatra. Estaba a sus dieciocho años tan paralojizado que no podía hablar. Los ojos le salían hinchados de las cuencas. Yo guardé silencio durante unos minutos. Me miraba de vez en cuando. Lo sentía desesperado. Con un miedo atroz. Instintivamente le puse la mano en la cabeza suavemente. Me miró y rompió a llorar entre alaridos mientras se sujetaba el estómago. Y comenzó a soltar la tragedia que llevaba dentro: un oficial de carabineros en Valparaíso lo había detenido dos veces y violentado sexualmente. Estaba amenazado de muerte si era encontrado por tercera vez. Políticamente era de las juventudes democristianas. Había huido a Santiago a casa de unos parientes. Sólo deseaba esconderse.

Le intenté tranquilizar prometiéndole nuestro apoyo. Fue una larga conversación. Casi, mejor, un monólogo. Por mi parte, era otro día más en el que debería mascar angustia intragable. Se quedó más calmado. El siquiatra lo citó para tres días después. A las cuarenta y ocho horas teníamos que internarlo en una clínica. Se le había perforado el estómago mientras dormía y estaba con grandes hemorragias.

El senador, bastante joven, que al principio parecía imperturbable, terminaba su visita diciéndome: «¡My God, My God!».

El primero de septiembre tenía programado viajar a los Estados Unidos. La Embajada, ya desde los primeros días de mi nombramiento como Vicario de la Solidaridad, me había extendido la invitación. Pensé que era conveniente posponerla y dejar transcurrir unos cuantos meses en los que pudiera conocer a fondo la Vicaría y elegir un tiempo más propicio para realizarla. Septiembre —por las celebraciones patrias de la independencia— me parecía el mes menos conflictivo, si es que aún quedaba alguno.

El mismo día de mi partida reinaba confusión en el aero-

puerto de Pudahuel. En sus pistas estaba retenido un avión con seis políticos chilenos que desde el exilio pretendían volver al país. En cuanto los periodistas me divisaron corrieron a hacer su noticia. Pude zafarme de sus preguntas y esperé el turno de Policía Internacional. Por fin llegué al avión tras despedirme de personas muy queridas y de los abogados de la Vicaría que estaban allí intentando hacer algo positivo en favor de quienes deseaban retornar.

Coincidió en el interior con un asistente del senador Burns. Había pasado una breve temporada en Chile y llevaba una marcante experiencia vivida. Permaneció jornadas en poblaciones marginales. Habló con mucha gente y la visión que relataba me pareció certera y bastante completa. Fue un viaje muy agradable. En Washington me prometió concertarme alguna entrevista interesante en el senado. Nos veríamos días después.

Los organizadores del viaje me estaban esperando en Miami y después en Washington. Me condujeron a la Georgetown University donde yo había elegido residir y dimos los últimos toques al programa previsto desde Santiago.

Las actividades comenzaron con la visita a varias organizaciones con peso específico en el Congreso y consagradas a la defensa de los intereses de América Latina.

La más interesante fue WOLA (Washington Office on Latin America). Joseph Eldridge, su director, me había preparado una reunión con dirigentes de iglesias no católicas y más tarde con el Consejo Ejecutivo de ellas. Horas después acudí al Congreso. Allí celebré una larga reunión con catorce asistentes de senadores —los senadores estaban en reunión discutiendo los presupuestos generales— pertenecientes al Comité de Relaciones Exteriores del Congreso. Fue un auténtico campeonato de ping-pong sobre Chile. Se habló desde los actuales niveles de conculcación a los derechos humanos hasta las posibles hipótesis de futuro para Chile. Pienso que fue un intercambio fecundo. Muchos de ellos denotaban poseer un acabado conocimiento de lo que ocurría en el país. Lástima que no fueran ellos los senadores. La reunión se prolongó más allá de lo previsto

y hube de concertar para el día siguiente la entrevista con el senador Edward Kennedy.

A las 11.30 me recibió en su oficina del Congreso. Quería hablar distendidamente, así que pasó aviso de no ser interrumpido y para prolongar el tiempo propuso que almorzáramos juntos en su despacho. Este hombre fornido, que aquel día se alimentaba vegetarianamente, quiso tener un cuadro de mi opinión personal sobre el acontecer chileno. Mi tesis fundamental consistió a partir de la situación de los derechos humanos hasta la confrontación social, pasando por los índices socio-económicos, que era preciso apoyar en el interior de Chile un proceso por el que las partes en conflicto fueran obligadas a sentarse a la mesa y dialogar. Me parecía, le dije, que gran parte de la oposición era receptiva. Le hice saber mi temor acerca de que el mayor obstáculo para iniciar el camino partía de la falta de ductibilidad de Pinochet. Insistí en que este hombre por su capacidad demostrada de polarizar al país podía llevarnos hasta la ruptura social. Pinochet se mantiene insatisfecho con los niveles de represión del año 73 y desearía una explosión social para terminar de «limpiar» el país de antipatriotas. Hoy sigo pensando igual.

Mientras esta conversación transcurría le hicieron pasar al senador un cable donde se comunicaba el asesinato del Padre André Jarlan en la Población La Victoria. La noticia que fue recibida con gran indignación servía de ilustración en medio de la conversación que estábamos desarrollando.

En aquel encuentro se trató la cuestión del cobre que por esos días el presidente Reagan debía dirimir. En los Estados Unidos había fuertes presiones de diversos grupos, especialmente del sector eléctrico que intentaban conseguir que descendiera la importación de cobre chileno. Kennedy me preguntó mi parecer. Le respondí que, de acuerdo con los grupos sindicales mayoritarios, la aprobación de una medida proteccionista de esa naturaleza causaría daños muy serios, no tanto para el régimen cuanto para el pueblo chileno ya muy debilitado por la falta de trabajo y escasez de alimentos.

No me hizo comentarios, pero anotó la respuesta. En Santiago antes del viaje, quise recabar opiniones sobre esta misma materia, porque suponía que podía serme consultada. Los grupos sindicales que contacté me manifestaron de forma unánime la opinión que manifesté al senador.

La conversación que se prolongaba hasta media tarde se interrumpió bruscamente, Kennedy era avisado de un viaje inmediato a Boston. Me expresó palabras de aliento para la Vicaría y un par de frases acerca del «nefasto régimen chileno» como broche del encuentro no sin antes hacer que posáramos juntos frente a los fotógrafos del Congreso.

En la tarde visité las oficinas de la OEA. Desde mi llegada, periodistas de UPI me seguían la pista. En la Organización de Estados Americanos dieron conmigo. A toda costa querían que yo hiciera declaraciones, especialmente a la vista de lo que estaba ocurriendo en la protesta de Chile y la muerte de Jarlan. Les insistí en que no iba a hacer comentario alguno. Que estaba realizando una visita invitado por el Departamento de Estado y que comprendieran que no era el momento de hacer comentarios. Mi opinión la estaría dando la Vicaría de Santiago y a ella me atení. El periodista que me abordó insistía en publicar que yo me desentendía de lo que estaba sucediendo en Chile. Fue un tira y afloja molesto. Percibía que el tal periodista era un ave de rapiña. Me excusé de continuar la conversación y colgué. Días después supe de un cable vía UPI que publicó El Mercurio de Santiago. En él se afirmaba que en Chile —según mis supuestas palabras— se dinamitaban a los disidentes. No contento con esto, volvió a la carga con otro télex en el que aparecía el senador Kennedy haciendo muy duras acusaciones contra el régimen de Pinochet, debidas al encuentro que recientemente habíamos mantenido y al calor de mis informaciones.

En Santiago, donde el horno estaba muy caldeado, los télex se recogieron como un regalo de UPI. El gobierno llegó a firmar la cancelación de mi visa de residente. Se notificó de ello, por algún camino «informal», al Arzobispo y allí comenzaron

las negociaciones. Comencé a recibir llamadas desde Santiago con noticias alarmantes que me pedían escribiera un télex con lo sucedido. Así lo hice. Aunque sabía que la palabra de El Mercurio era más fuerte que la mía aun en mi propia tienda.

Por fin recibí, tras varios días en que continué realizando las diversas etapas del viaje, la confirmación del Departamento de Estado en que a mi vuelta no tendría ningún problema para entrar al país. La noticia me tranquilizó de momento.

Insistí a los organizadores del viaje que no deseaba volver a conversar con periodistas y que el teléfono no me fuera pasado si llamaban en busca de opiniones. A pesar de que antes del viaje en Santiago había conversado con directivos de UPI para cuidar la información, hilos sueltos planeados habían buscado entregar mi cabeza a Herodes.

El problema seguía hacia adelante y debí dedicar varias sesiones a entrevistas en el Departamento de Estado. Con algún funcionario acababa de encontrarme hacía pocos días en Santiago. La conversación más importante era —según muchos— la que mantendría con Abrams, encargado de la Oficina de Derechos Humanos y actualmente subsecretario del Departamento de Estado para América Latina. Antes del encuentro, otras voces estadounidenses me lo habían calificado de manera contradictoria. Para unos era un fascista, instigador del doble standar en derechos humanos de la actual administración norteamericana para Chile y Nicaragua. Para otros era un defensor consecuente frente a las conculcaciones.

Lamentablemente, creo que fue una reunión de poca importancia. Transcurría el encuentro con palabras de buena crianza y la sensación por mi parte de irritabilidad. Pensé que no debía prolongar una entrevista en que Chile era tratado con desdén, porque según su parecer, no poseía un interlocutor único opositor con quien entenderse. Asistía a la reunión un funcionario, del que jamás supe el nombre, que ridiculizó sobremanera acerca de la oposición chilena. Me pareció conveniente precisar mi postura y recuerdo el tenor de mi respuesta: «Me causa extrañeza que ustedes no tengan un representan-



te único de la oposición chilena. Mis noticias son que ustedes reciben a algunos y a otros no. Otra cosa es que a quienes ustedes elijan no representen al conjunto de la oposición. Pero, no creo que ése sea el mayor problema. Ustedes, históricamente, han hecho excelentes negocios en América Latina, porque apostaron en una dirección de futuro y fueron ayudando a construir el entramado que posibilitara su éxito. Si hoy no saben por dónde apostar en Chile se puede deber a dos cosas, o que no desean apostar o que la apuesta es el actual estado de cosas. Si ustedes ven que no emerge una corriente con cierta hegemonía en la oposición, a lo mejor es porque aún ustedes no han apostado por ella. Pero no me satisface, al menos intelectualmente, que les paralice en su deseo de favorecer la restauración democrática la desunión de la oposición chilena».

Todo esto, dicho con buen tono y rostro sonriente, me hizo poner fin a la conversación. En la tarde, miembros del partido demócrata me comentaron el incidente del que habían ya tenido noticias y que había valido para que hubiera estallado una discusión entre funcionarios de carrera del Departamento de Estado y los provenientes de la actual administración reaganista. Me sentí complacido por la noticia. Era una estupidez que un gobierno que ha tenido y tiene las manos manchadas con Chile intentara ahora mostrarse escrupuloso de cara a la restauración de la democracia. El día terminaba con la llamada de un funcionario que había participado en la entrevista. Me dio las gracias por las palabras de la mañana. Para algunos había constituido un importante apoyo.

Durante mi estancia en Washington aproveché alguna noche para encontrarme con exiliados chilenos. Era otro mundo. Ansiosos de saber de la patria. Aunque poco podía informarles, ya que estaban al día. Las reuniones transcurrían en un grato ambiente en donde todo giraba alrededor de las posibles salidas de futuro. Algunos, los más, comprensiblemente, con el optimismo que confunde realidad con deseos.

De acuerdo con el itinerario, tras visitar Chicago, Nebraska y St. Louis, llegué a New York. Lo más importante de mi estan-

cia se centró en tres lugares: Las Naciones Unidas, donde me recibía el Presidente de la Asamblea y Subsecretario General. Pérez de Cuéllar estaba en ese momento con las respectivas delegaciones de Grecia y Turquía para intentar llegar a un acuerdo en el conflicto de Chipre. No obstante, tuvo la deferencia de enviar un recado personal que valoré mucho.

Más tarde concurrí a la invitación del Council of Politics Relations Affairs, ente generador de opinión, muy influyente en la administración y en la opinión pública norteamericana, donde se reúnen importantes empresarios, políticos, sindicalistas y directores de medios de comunicación y que, a juicio del Nuncio del Vaticano en la ONU, con quien compartí la mesa, marcaba la cita más importante de todas cuantas iba a realizar en los Estados Unidos. Se trataba, según la costumbre, de un almuerzo. Asistían más de 30 invitados. De acuerdo a la lista que me entregaron, aparecían presidentes de bancos, empresarios. Me sonaron mucho algunos nombres: Anaconda, Chasse Manhattan Bank, sindicalistas de la AFLCIO, intelectuales. A los postres, debí dirigirme a un estrado preparado y comunicar mi discurso durante veinte minutos. Expuse la situación en la que se encontraba Chile. Al finalizar mis palabras, se abrió el debate y éste se prolongó durante algo más de una hora. Mi argumentación estuvo «delicadamente» centrada en la importancia que las trece colonias independentistas del Norte habían tenido en la lucha por la libertad en América Latina. La circunstancia sangrante en que hoy vivían los hombres libres en Chile y los métodos usados para apagar su voz —ésta fue la parte más detallada y extensa— y, por fin, el deseo mayoritario existente en el país por recobrar una libertad razonable frente al terrorismo de los extremos que entonces se estaba propiciando desde el poder.

La mayoría de las intervenciones de los asistentes, reconociendo el lamentable espectáculo de la dictadura chilena, estuvieron centradas en las alternativas pacíficas de salida a la situación. Para mí fue valioso que nadie defendiera el actual estado de cosas en Chile y que los dardos apuntaran hacia los cami-

nos de salida. En mis años de alumno y después de profesor de oratoria, siempre había intentado que mis discursos tuvieran un objetivo específico con el cual persuadir al auditorio. El de aquel día no era otro que mover a los oyentes en la dirección de que la permanencia del régimen actual «centroamericanizara» a Chile.

Para el último día de mi estancia en New York, estaba concertada la entrevista con la señora Jane Kirkpatrick, embajadora de Estados Unidos en la ONU. Una anécdota me describió el enorme poder de esta mujer. A las 13.00 horas estaba prevista la celebración de una Asamblea del Consejo de Seguridad. A esa misma hora yo entraba en su despacho, situado a unos 300 metros de la sede de la organización internacional. Nuestra conversación duró veinticinco minutos. El Consejo no comenzó su reunión hasta que la señora Kirkpatrick ocupó su asiento en la mesa redonda. Era, según me decían, pequeñas muestras del poder real que con alguna frecuencia trataban de simbolizarse.

La temática del encuentro fue semejante a la desarrollada en el Council. La embajadora discrepó de mi visión y me adujo, en contrapartida, la política de retorno de exiliados recientemente iniciada por el gobierno chileno. Por suerte, en el cúmulo de papeles e informes que transporté durante mi viaje, aquel día estaba en mi carpeta un dossier sobre tal política. La llevaba porque minutos antes había celebrado una reunión con exiliados en New York. Se lo ofrecí como obsequio para que viera los alcances reales de aquellas medidas.

Por fin, tras un apretado programa de visitas a personalidades, fundaciones, asociaciones de derechos humanos, etc., en el que nunca bajaron de seis los celebrados cada día de mi estancia en los Estados Unidos, tomaba el avión en dirección a Santiago. Ahora me quedaba un rescoldo de duda al arribar.

A las 10.30 tocaba suelo en el aeropuerto. Curiosamente, al llegar a la ventanilla de la policía vi a dos jóvenes que estaban realizando obras de carpintería en el exterior de la cabina. ¡Qué coincidencia, eran muchachos de las comunidades de mi Parroquia que estaban allí trabajando por casualidad! Parecía una

coincidencia de esas a las que nos tienen acostumbrados los seriales de aventuras de la televisión. No hubo contrariedad alguna y pude saludar a los que me estaban esperando. En el aeropuerto ya me indicaron que el Arzobispo Fresno quería verme por la tarde.

Acudí a la hora indicada. La bienvenida fría me adelantó el rumbo de la conversación que, acompañado por los dos Vicarios Generales, iba a celebrarse. Les expliqué la versión de los famosos télex y la aclaración hecha por Kennedy al embajador estadounidense en Santiago acerca de sus presuntas declaraciones. Las palabras del senador jamás habían sido pronunciadas. Una de las varias ayudantes de su oficina había escrito una nota a petición de cierta institución de derechos humanos norteamericana con el fin de agredir al régimen chileno. Eso era todo.

Ante el malestar que continuaba percibiendo en mi interlocutor principal, no dudé en presentar mi dimisión y le animé a que la hiciera efectiva. No estaba dispuesto a ceder en la mentira. Desde ahí la conversación y la tirantez cambió. No se aceptaba mi propuesta. Pero la distancia se alargó. En mí había entrado la certeza de no proseguir con el encargo de la Vicaría. Lo que venía pensando hacía tiempo comenzaba a cristalizar. La fecha de mi aniversario en la Vicaría sería la elegida para abandonar el cargo. Así lo hice saber a varios amigos íntimos. La decisión tomada me hizo sentir con una libertad renovada.

Días después me informaron del ajetreo que en mi ausencia habían causado los télex y mi probable expulsión. Tras el asesinato del Padre Jarlan, una gran corriente presionaba para que se suspendiera el tradicional Tedeum en el que se invitaba a las autoridades del régimen a la Catedral con motivo de las Fiestas Patrias. El gobierno había negociado la supresión de la medida que me iba a afectar con la celebración del famoso Tedeum.

Me impresionó pensar que esta transacción pudiera haber ocurrido. De nuevo quedaba a la luz el modo artero y mendaz con que el gobierno actuaba y la debilidad de algunos para dejarse chantajear. Si hubiera dependido de mí no habría permi-

tido tal trueque que doblegaba la firmeza con que se debía responder ante la muerte de Jarlan y tantas otras muertes. Al fin y al cabo, para cualquier espectador avezado, mi suerte estaba echada a no ser que cambiara de rumbo y optase por el silencio y el descompromiso.

La violencia represiva estaba por entonces en una de sus cúspides. Se prolongaba la vigencia del bando 19 por el que se impedía publicar imágenes e informar sobre las protestas. La censura a revistas encadenaba a Cauce, Apsi, Análisis y Fortín Mapocho y varios radios no oficialistas. El amedrentamiento a los profesionales de la comunicación se reiteraba con tan machacona insistencia que llevó a que un nutrido grupo iniciara una huelga de hambre reclamando seguridad.

Las movilizaciones universitarias estaban aportando nuevas expulsiones de estudiantes y la represión de la policía dentro de los campus. En el interior de la Universidad de Atacama moría un estudiante por un disparo de las Fuerzas Armadas, y eran detenidos 400 más. Una Parroquia de Punta Arenas había sido dinamitada al amparo de la noche. Los autores, pertenecientes a los Carabineros, fueron puestos al descubierto al hallarse entre las ruinas el cuerpo destrozado al ser atrapado por la misma explosión, del teniente que comandaba el grupo y su carnet de identidad.

Tres jóvenes, según todos los testigos, habían sido descendidos de un autobús de locomoción colectiva y asesinados ante la vista de todos en la ciudad de Concepción.

El joven Iván Cárdenas, mientras acompañaba a una vecina al hospital, recibía un disparo de los carabineros en el cráneo que segaba su vida.

Desde hacía demasiados días un poblador de Santiago había sido detenido y nadie se responsabilizaba del hecho. El temor de que, nuevamente se abriera el capítulo de detenidos-desaparecidos, me impulsó a escribir al Ministro del Interior y

editar una nueva carta, de gran profusión a la Iglesia de Santiago.

Recuerdo que yo mismo diseñé el cartel que pretendía movilizar a la opinión pública. En él figuraba una foto de la víctima junto a su bicicleta y estas leyendas: Juan Antonio Aguirre Ballesteros ¿dónde está? No podemos permitir que de nuevo desaparezcan personas. ¡Tenemos que encontrarlo! ¡Defiende a tu hermano, pregunta por él, movilízate!

El 17 de octubre se realizaba un acto ingente para reclamar su paradero. Impresionaba contemplar los miles de carteles que eran portados por cuantos llegaban desfilando por las calles hasta el lugar de reunión. Días más tarde se reconocía oficialmente su muerte, producto de las torturas a que había sido sometido este inocente panadero.

Como en otras ocasiones, debo dirigirme a ustedes para tratar un tema específico vinculado a nuestra tarea de promoción y defensa de los derechos humanos.

Nuevamente es preciso conversar sobre la vida.

Cuando aún no se olvida de nuestra memoria aquel centenar de víctimas de la violencia política en el período de un año, surge el drama de una familia de nuestro pueblo en aquellas poblaciones pobres de Pudahuel. Un hijo, Juan Antonio Aguirre Ballesteros, está detenido y desaparecido.

Este hijo de nuestro pueblo y hermano nuestro, viene a colocar en nuestra mente un drama que, a pesar de todo el paso de los años, no se puede olvidar en nuestro país. Después de la detención, centenares de chilenos desaparecieron.

### *Los hechos*

La situación de Juan Antonio Aguirre Ballesteros es por cierto muy simple y por eso muy dramática.

Salió de su casa, muy temprano. Iba rumbo a su trabajo: era panadero.

Alrededor de las 6.00 horas del día 4 de septiembre de este

año, se encontraba en la esquina de las calles Estrella y Aguas Frescas. Llegó a ese cruce un bus de Carabineros. Sucedió el primer día de la «protesta» a la cual habían llamado sectores disidentes del país, y había miguelitos en el sector.

Del bus se bajaron varios carabineros acercándose al lugar donde él estaba junto a otras personas. Varios se dispersaron, entre ellos Juan Antonio. Fue detenido e introducido al bus. También fue detenido Elías Huaiquimil, que al ingresar al vehículo, lo vio en el interior.

Ambos fueron conducidos a una unidad de Carabineros, que después identificaron como la 26.<sup>a</sup> Comisaría. Después de un rato, fueron sacados de allí y en un vehículo, de tipo utilitario, son llevados a reconocer personas y domicilios.

Llegan así a casa de Sergio Tapia, como al mediodía. Allanan y lo detienen. Desde allí, a casa de Dagoberto Ibáñez Rocha, a quien también detienen junto a su hermano Darío Amador Ibáñez R., y el padre de ambos, Darío Ibáñez Díaz.

Dagoberto Ibáñez queda en el mismo vehículo con Huaiquimil, Tapia y J. A. Aguirre B. Los otros son subidos a otro vehículo de tipo policial.

Todos son llevados a un recinto cerrado, controlado inequívocamente por Carabineros. Allí, algunos sufren torturas con electricidad y colgamientos.

Darío Ibáñez Rocha, fue dejado en libertad en la madrugada del 5 de septiembre. Su detención no fue reconocida jamás. D. Ibáñez Díaz, fue trasladado a otro lugar y el día 8 de septiembre (cuatro días detenido) fue dejado en libertad. Tampoco se reconoció su detención.

Dagoberto Ibáñez, Sergio Tapia y Elías Huaiquimil, fueron puestos a disposición de la 2.<sup>a</sup> Fiscalía Militar el día 6 de septiembre. El 10 de septiembre quedaron en libertad por falta de pruebas. Los cargos los habían efectuado Carabineros de la 26.<sup>a</sup> Comisaría.

Sobre Juan Antonio Aguirre Ballesteros, sólo sabemos que tanto Tapia como Darío Ibáñez Rocha escucharon que los aprehensores dijeron en un momento «éste parece que se fue...»

«hagan algo». En esos instantes estaban en el recinto que identificaron como la 26.<sup>a</sup> Comisaría de Carabineros y estaban siendo apremiados.

Desde ese instante se pierde el rastro de Juan Antonio.

### *No es un caso aislado*

También podemos afirmar que la negativa a reconocer ante las Cortes de Apelaciones las detenciones por unidades de Carabineros, no es un hecho aislado este año. Tanto en marzo, como en mayo, ocurrieron detenciones que los Carabineros negaron, o simplemente no respondieron a la Corte hasta no poner a las personas ante un Tribunal. Dentro de estos casos fue muy conocido el de Sergio Inostroza y su hijo del mismo nombre; y en el mes de julio, de Gómez Peña, a quien los testigos vieron ser detenido por los Carabineros.

Esta conducta significó una pendiente peligrosa que facilitó o presagió lo que en definitiva ha ocurrido con Juan Antonio.

Pero el caso de Juan Antonio Aguirre B., es un caso más que se agrega a los centenares de detenidos-desaparecidos. Sufre esta situación aquél que siendo secuestrado o arrestado por organismos supeditados a la autoridad política, su arresto se niega y su suerte es ignorada por sus familiares o la comunidad.

Con Juan Antonio se revive en Chile, después de 4 largos años, la desaparición de personas a manos de agentes de un organismo policial o de seguridad.

El caso de Juan Antonio es similar a las decenas de casos de personas que fueron arrestadas principalmente en Comisarias de la Zona Sur del país, que fueron vistos y a veces visitados por sus parientes y después se negó su detención oficialmente.

Reviven en nuestra mente los casos de los mártires de Lonquén y Yumbel, que también fueron arrestados por los Carabineros y desaparecieron para ser encontrados años después asesinados por sus aprehensores.



En general, el destino de Aguirre Ballesteros es similar a todos los desaparecidos cuyo tránsito por recintos secretos fue testimoniado por centenares de otros prisioneros que tuvieron la suerte de sobrevivir a ese horror.

Debemos reconocer que no tenemos antecedentes para decir que se esté iniciando una planificada ejecución de arrestos que terminarán con desaparición, como ocurrió en los años 73 al 77, y queremos creer que así es.

Pero si a pesar de la herida que en el alma de Chile significan centenares de detenidos desaparecidos en el pasado; si a pesar del escándalo que ello ha provocado en los corazones de todo el pueblo; si a pesar de lo hecho por evitar que esto sucediera, hoy Juan Antonio Aguirre Ballesteros está desaparecido, entonces, la vida se nos escapa.

Se nos escapa la vida de Juan Antonio y la nuestra.

Se nos escapa y está a merced de sus captores y de quienes se sienten señores de la vida impunemente.

Lamentamos que la Justicia, en este caso, haya adoptado el lento trance que tuvo en los centenares de casos hoy sin resolver.

Lamentamos también que las autoridades garantes de los derechos humanos no hayan tenido para este caso, celo y preocupación explícitas.

Sin embargo, debo reiterar que la Vida, la de Juan Antonio, la nuestra y la de todos, nos exige algunos deberes, si queremos invocar a Dios como Padre.

Debemos solidarizarnos con la VIDA, en este caso, con la causa de Juan Antonio Aguirre y la de sus padres y familiares. No podemos contentarnos con saber que aún no hay justicia. Empecemos a hacerle justicia, tomando su causa.

Su suerte debe ser parte de nuestro quehacer. Debemos iniciar una inmensa y profunda búsqueda de nuestros hermanos detenidos-desaparecidos, colocando una vez más y definitivamente su Vida, como un don que no puede sernos arrebatado, sin una respuesta, verdadera, informada y de justicia, acordes con nuestras tradiciones civilizadas.

Debemos recordarnos y recordar que el mandamiento «No matar» es y será el fundamento primero de toda civilización y de todo proyecto valedero para la humanidad.

Para esta cruzada os invito, a fin de que Juan Antonio y su suerte rediman la Vida entera de nuestro pueblo sufriente.

Al día siguiente, 18 de octubre, partía hacia Europa. El viaje, el último como Vicario, tenía tres objetivos fundamentales: asistir en Roma a la reunión que iban a celebrar representantes del exilio chileno en Europa y numerosos Obispos chilenos presentes por esas fechas para la visita «ad limina»; visitar las diversas agencias europeas de cooperación con los programas de la Vicaría y acudir a Viena a recibir el premio de los Derechos Humanos «Bruno Kreisky».

La reunión de Roma había sido minuciosamente preparada y coordinada por el grupo encargado de la Pastoral del Exilio en Europa con sede en Bélgica. Participaban en la reunión alrededor de doscientos representantes venidos de todos los puntos. Los salesianos posibilitaron la sede y la residencia de los participantes, de modo muy generoso. Abrió la sesión un representante del Cardenal Vicario del Papa para la ciudad de Roma y se iniciaron las sesiones.

El objetivo consistía en realizar un contacto formal y público entre la jerarquía católica y el exilio chileno. Reclamar por el despojado derecho a vivir en la patria y examinar las condiciones de un retorno responsable.

Las metas previstas por los organizadores se cumplieron ampliamente. Sin embargo, la más sobresaliente, al menos para mí, fue llegar a palpar la situación real de precariedad en que vivían muchos de los desterrados.

Tuve tiempo suficiente para conversar con cuantos deseaban contar los avatares de sus vidas. No faltaron «los tocados», esas personas a quienes el desarraigo ha podido más que su equilibrio psicológico y que caminan por el mundo destrozados por dentro.

A pesar de la acogida que los diversos países les han brindado, muchos no acaban de enraizarse en su nueva sociedad

plenamente. El recuerdo idealizado de las costumbres, las gentes y la geografía lejana les hace vivir en dos mundos sin anclar en ninguno. Viven, pero esquizofrénicamente. Su actual situación la quieren provisoria. Pero los hijos, muchos de ellos salidos de Chile muy pequeños, y a pesar del esfuerzo de los padres por mantener vivo el recuerdo, cada día les es más extraño. Paulatinamente se han ido enraizando en la nueva sociedad, aprendiendo el idioma fácilmente e incultivándose. Pensar en volver, quizás, a la inseguridad cotidiana que les acarreará los bajos niveles de empleo les multiplica el dolor de su trágico destino.

Durante aquellos días romanos, les presenté las condiciones de posibilidad que tenía a mi juicio, un masivo retorno de cuantos podían volver. No les auguraba facilidades. Por el contrario, les presenté con la negrura de los tiempos que corrían la improcedencia de volver irresponsablemente. El mercado de trabajo no ofrecía seguridades de empleo. Máxime cuando entre los exiliados había una fuerte presencia de académicos que no encontraría receptividad en las militarizadas universidades y centros de estudios independientes que tenían colmadas sus plazas de investigadores.

Durante el año habíamos dado pasos firmes junto con otras organizaciones de derechos humanos en Chile para elaborar un proyecto de conjunto que deseábamos presentar a los gobiernos interesados en el retorno de exiliados chilenos. Queríamos con este plan, crear reales condiciones de reinserción social a los que decidieran volver, pero su ejecución nos llevaría todavía casi un año según todas las previsiones. Acelerar el retorno nos hacía temer que al paso de pocos meses las organizaciones chilenas tuviéramos en nuestras puertas una nueva bolsa de extrema pobreza: los retornados.

Mis planteamientos fueron bien acogidos y comprendidos. Había credibilidad en la palabra y los hechos de la Vicaría. Todos reafirmamos el derecho a vivir en la Patria, pero era imprescindible manejarnos bien en el cuándo y cómo volver.

Una de las noches de encuentro fui invitado a una intere-

sante reunión informal. En la sala nos encontrábamos cuatro miembros de la Iglesia chilena y varios dirigentes políticos: Clodomiro Almeyda, Volodia Teitelboin, Gazmuri y otros. Hablamos, como era natural, de Chile. Fue un intercambio de opiniones útiles y que sirvió para conocernos mejor. Recuerdo las palabras de aprecio de Volodia hacia el papel jugado por la Iglesia y la sensatez con que juzgaba la oposición debía actuar en las actuales condiciones chilenas. Muy lejos, en mi opinión, de las que mantiene su partido en el país. Clodomiro, después de hacer sus planteamientos, abogaba por la firma de un escrito que podría llamarse la «Declaración de Roma». Así fueron interviniendo cada uno de los presentes. El tono era muy mesurado y, por lo general, convergente. Tanto las reuniones generales como las de las distintas comisiones al igual que la improvisada que ahora teníamos, marcaban una ausencia notable de planteamientos extremos.

Nos causó buena impresión a todos la ausencia de síndromes, al menos semánticos, en los tratamientos de un problema que tan dolorosamente estaba en la sensibilidad de cada uno.

Los Obispos presentes y yo mismo, dimos también nuestra impresión sobre los problemas del país hoy y en el futuro. A la postre se repetían las visiones reflejadas en los últimos documentos de la Conferencia Episcopal. Yo me atreví a pedir que ayudaran a un entendimiento en el interior del país entre sus respectivas fuerzas políticas. Tenía la triste impresión, continué, de que alimentábamos en exceso la mitología de la singularidad chilena. Mitología resultante de un camuflado complejo de inferioridad. Bolivia, Argentina, Brasil, Uruguay, volvían a la democracia. Nosotros, el país de la bandera y el himno nacional más bonito del mundo, de acuerdo con la saga mitológica, nos íbamos caribeñizando cada día más por nuestro culto a la singularidad.

Terminada la reunión de Roma con una Misa presidida por el recién llegado Cardenal Silva Henríquez, en la que comulgaron más de la mitad de los congresales, varios organizado-

res, frente a mi extrañeza, me ratificaron que una buena parte de los asistentes al congreso eran cristianos practicantes.

Tomé rumbo a otros lugares de Europa, donde debía presentar los programas de trabajo para el año 1985.

Fue en Alemania, exactamente en las oficinas de Adveniat, donde recibí una llamada desde Santiago. En ella, Cristián Precht me comunicaba que el gobierno había decretado la imposibilidad de volver a Chile y que el Arzobispo Fresno, que estaba junto a él, me pedía la renuncia como Vicario de la Solidaridad. No hubo más palabras. Al terminar la conversación redacté el cable, que fue enviado inmediatamente, en el que dejaba en total libertad de acción mi cargo, tal y como se me había pedido.

A partir de entonces comenzó mi exilio. Volví después de doce años a España, donde tenía ya pocas raíces y escasos contactos. Como tantos, debía comenzar de nuevo a tejer mi red básica de sentido y caminar como un ciudadano más en este mundo esperanzado y tan sufriente.

## Chile y su futuro

Quienes vivimos fuera de Chile y muchos de cuantos están dentro de sus fronteras, se preguntan ¿hasta cuándo durará el régimen de Pinochet?

Se rastrean indicios, se especula con frases sueltas en las declaraciones de personas ligadas a la junta militar. La proliferación de continuos rumores intoxica la tensa llegada de una señal creíble. La firma del Acuerdo Democrático infla las expectativas a corto plazo. En general, grandes conjuntos del país se mueven entre la espera y la esperanza.

Las miradas, cada día con el realismo del derrotado, se tornan hacia el 89. La cita aún está lejana. Con todo, ojalá tuviéramos la certeza que a partir de entonces la democracia pudiera ser recuperada por los chilenos.

Pero, ¿qué democracia estamos preparando? Sería una lástima que, dadas las condiciones en que Pinochet y su régimen dejarán al país, sólo nos conformáramos con reemplazarlo por la formalidad democrática. Me explico.

La deuda internacional contraída por Chile durante estos años pasados es la mayor, comparativamente, de la de cualquier país del mundo. Si no se arregla de alguna manera, y es muy difícil que así sea, durante muchos años los chilenos tendremos que pagar más de veinticinco mil millones de dólares, además de los intereses contraídos. Es decir, nos faltarán los medios económicos imprescindibles para poder alimentar a la población dignamente, fortalecer las industrias, disminuir el enorme paro actual.

Durante estos largos años ha crecido en Chile la miseria. La clase media y sobre todo la trabajadora, han visto perder su capacidad de adquirirla. Ha habido, en definitiva, que apretarse el cinturón. ¿Y se les va a seguir pidiendo a la multitud de pobres que sigan apretándose, cuando ya no pueden más y han tenido que empeñar sus cinturones? Es muy previsible que a pesar de la responsabilidad y disciplina cívica explote un conjunto de demandas por más tiempo impostergables. Pero, ¿cómo satisfacerlas si no habrá dinero para ello?

Volveremos a la democracia, si. Pero si no la reformulamos de nuevo será sumamente débil y estará expuesta a la precariedad. No hay soberanía nacional sin fortaleza económica. Y Chile está y seguirá estando por largo tiempo entre los países más depredados por su ingente deuda.

Y de esta «hazaña» los culpables no son las víctimas hambreadas ni los hogares que han visto crecer sus tasas de inseguridad. Los culpables han sido quienes sólo buscan medrar a costa del país, que lo creen su propiedad privada y que usan a las fuerzas armadas como los garantes de sus negocios haciendo que ellas también participen en ese festín de los pocos privilegiados.

Reconstruir la democracia en esta dura situación no será tarea fácil. Máxime si el espíritu de reconciliación nacional se traduce en un irenismo irresponsable y en un excusar y perdonar a cuantos han postergado conscientemente al pueblo chileno dejando la estructura social intocada.

La democracia se convertirá en un manojito de esperanzas

que se marchitará si no hay un pacto social amplio para construir una nueva sociedad, donde su solidez repose en cuantos creen en la democracia como forma de vida, más que en un cambio de forma de gobernarse, que mantuviera la actual situación de injusticia como hoy está, salvo algunas estéticas pinceladas.

Estos años hemos sentido en carne viva lo aberrante que llega a ser una sociedad donde los derechos humanos pueden ser conculcados descaradamente. Frecuentemente, democracia y derechos humanos se han hecho anhelo sinónimo. Y por aquí es por donde pareciera hoy sentirse el desafío de la convivencia chilena a reconstruir.

Durante años hemos convivido —y cada cual sabe cómo lo ha hecho— con familiares de miles de detenidos, desaparecidos, ejecutados. Hemos conocido el exilio largo y cruel de muchos. Por nuestras calles deambulan torturados, ex detenidos. Una sociedad, en fin, que por ser civil está sospechosa. En las poblaciones el hambre y la desocupación nos han hecho conocer niveles de miseria que muy pocos pueden testificar hubieran conocido antes. Se hace imposible ocultar que hay, al menos, dos Chile en este país.

Reconstruir la democracia nos ha de impelir antes que nada y como nueva matriz de la Patria a hacer posible el respeto por los derechos humanos integralmente.

Y aquí está el desafío. El discurso sobre los derechos humanos ha sido históricamente monopolizado por el liberalismo hoblessiano. Desde sus inicios la temática de los derechos humanos se ha encontrado entrelazada con la teoría del contrato social que daba prioridad a los intereses de la nueva clase emergente: la burguesía y no a las necesidades de las grandes mayorías empobrecidas. De ahí que los derechos humanos en su formulación inicial, en el siglo pasado y en sus primeras manifestaciones orgánicas y que perduran hasta hoy en el occidente, privilegie al individuo posesivo preocupado de satisfacer sus propios deseos inmediatos y no las necesidades solidarias de la sociedad. Y este enfoque corre el peligro de incrustarse en



nuestra concepción de la libertad. Durante estos años hemos visto canonizar la libertad, pero sólo la que hacía referencia al mercado y a la ley de los más fuertes. Los más pequeños sólo han sido víctimas en este combate desigual.

No dudo que es digno luchar por conseguir el derecho a la libre expresión o por la libre empresa, pero desde mi convicción de que la defensa de los derechos humanos es en primer lugar la lucha por los derechos de los pobres, es más digno aún trabajar por la comida, el techo y la seguridad de la vida de todos. De lo contrario, la democracia quedará reducida a unos pocos y desligada de las mayorías.

Las fuerzas políticas que se sienten portadoras de progreso para Chile deben ser responsables de no caer en la trampa semántica y olvidarse de lo que el pueblo necesita con urgencia. Este pueblo ha dado extensas muestras de cordura y paciencia como oposición al régimen y ante las cúpulas de una oposición irresponsablemente dividida. No va a pedir imposibles, pe-



El pueblo chileno reclama multitudinario el término del régimen.

ro denotará si tras la palabra democracia hay más posibilidad de vida digna, subsistencia y solidaridad social o desesperación.

Para alcanzar una más real implantación de los derechos humanos «más humanos», se hace imprescindible extender la base de participación real en el destino de la nación. Pienso que la democracia a estrenar un día deberá proponerse algunas tareas prioritarias. Quizá la primera consista en asegurar un plan de seguridad alimentaria que impida que los vaivenes del mercado internacional pongan en peligro la manutención de toda nuestra gente. No creo que sea difícil poder establecer pactos en este sentido con nuestros hermanos vecinos, necesitados de esa alianza igual que nosotros.

Fortalecer la democracia en Chile pide fortificarla en los países aledaños. Por ello la integración es cada día la condición «sine qua non» de nuestra propia vida. La historia nos ha demostrado qué difícil es avanzar en este camino de la integración si lo primero que deseamos es una integración económica. Pienso que es desde los valores compartidos, desde, entre otros, esta defensa de los Derechos Humanos, más humanos, desde donde políticamente debemos impulsar la integración. La experiencia dolorosa de los años 70 y 80 es un patriotismo común que puede dar a luz a pactos para que «nunca más en América Latina».

Soy de la opinión que para que esto sea posible, es preciso hallar un nuevo horizonte para las Fuerzas Armadas. Dada la situación paupérrima del país y de todo el área, es perentorio hablar y reflexionar acerca del papel que les corresponde. No se puede seguir gastando en pertrechos y armas cada vez más sofisticadas y de tan elevado coste una parte importante del dinero de los ciudadanos. Se requiere que también en este punto hablemos de integración. ¿Por qué no hacer entre los diversos países de América Latina un sólo ejército multinacional cuyo rol sea únicamente la defensa del continente frente a posibles agresiones exteriores?

Un planteamiento así nos llevará a pensar en ejércitos más profesionalizados y reducidos y dependientes de un Consejo La-

tinoamericano de Presidentes. Es muy probable que parezcan músicas utópicas cuanto decimos de las Fuerzas Armadas, pero a la vista de lo ocurrido en la guerra de Las Malvinas y la tentación anticivilista de muchas de ellas, se hace necesario encontrar un espacio adecuado que les otorgue un marco de posible actuación para el bien común del continente, reduzca sus efectivos y gastos y las aparte de posibles tentaciones involucionistas.

En este campo democrático compartido de la integración es mucho lo que se podrá realizar si hay una decisión política de cara a los derechos humanos de las grandes mayorías. Baste nombrar algunos pactos que se vislumbran de necesidad vital: alianza para adquirir tecnología, para enfrentar la deuda externa, para la implementación de la infraestructura latinoamericana (es viable la interconexión de todas las grandes cuencas fluviales del subcontinente, por ejemplo); alianzas de importadores y exportadores, etc., por enumerar las que saltan a primera vista, además de la concertación de los países para la producción del material bélico, que sean necesarias para las fuerzas armadas de defensa del continente y nos eviten depender de otras potencias con notables diferencias de intereses respecto a los nuestros.

Hace unos pocos años la UNICEF declaraba durante su reunión celebrada en Lima, que en los próximos años, 35 millones de niños «normalmente» debían morir por desnutrición en América Latina.

Este continente de escándalo no puede volver a la democracia que necesita sin dejar de oír el clamor de estas voces, las de sus padres y parientes y las de aquellos que han logrado por los pelos escapar de este horror.

Los Derechos Humanos que deseamos privilegiar, sin excluir ninguno, aunque parezcan a primera vista contradictorios entre sí, son aquellos que fundan su valor en el hecho de que están enraizados en las necesidades humanas básicas.

Siento que este norte —de los derechos humanos solidarios— ayudará razonablemente a aglutinar a la sociedad des-

perdigada de estos años, dándole una ilusión por una democracia como estado de vida más plena. Y otorgará estructuración a la administración pública.

Mi paso por la Vicaría me ha hecho conocer la organización donde de manera más ejemplar he visto conjugarse eficiencia, eficacia y humanidad. El carisma de los valores compartidos, la prioridad del ser humano por encima de toda otra consideración, la búsqueda del servicio pronto y útil al desvalido, me han hecho pensar con frecuencia en la necesidad de ver homologadas esas maneras de trabajo en las diversas reparticiones del poder público, desde la administración central del Estado hasta la última Municipalidad del último rincón de Chile.

Estos años seguramente «el amo» habrá introyectado en nuestro interior con sus secuelas de autoritarismo y arbitrariedad. Volver a la democracia más humana será en buena parte hacer que los postergados en Chile encuentren una administración política eficiente y humana con la que hoy no contamos. Quienes quieran apostar por la democracia solidaria en Chile posiblemente encontrarán que el camino, salvo los primeros días de júbilo general, será difícil, austero.

Frente a los años de crecimiento de entorchados, galones y títulos. El recuerdo de Melocotón, Lo Curro y otras demostraciones grandilocuentes, los nombres de Carlos Prats, Orlando Letelier. Los cadáveres de Louquén y Laja, del pueblo Mapuche. Los miles que aún siguen enterrados en lugares poco conocidos o lanzados al mar. Los más recientes de esta «marcha de los mártires» el estudiante Jara, María Loreto Castillo, José Manuel Parada, entre otros, exigirían de los nuevos representantes políticos y sociales, el respeto sagrado, la modestia y la cercanía de que es merecedor el sufrido pueblo chileno.

A partir de su experiencia al frente de LA VICARIA DE LA SOLIDARIDAD, la ejemplar asociación humanitaria chilena que fue galardonada en 1986 con el Premio Príncipe de Asturias a la Libertad, IGNACIO GUTIERREZ ofrece el dramático y documentado testimonio de las violaciones de los derechos humanos realizadas por la dictadura militar instaurada en 1973 y de los esfuerzos para denunciarlas y combatirlas. MARCELINO OREJA —Secretario General del Consejo de Europa— advierte en el prólogo que «textos como éste nos animan y nos estimulan a trabajar más, a acercarnos más a la realidad de los problemas, a obligarnos a más y a exigir más a los gobiernos, a las instituciones, a los ciudadanos». Centrándose en casos significativos y hechos irrefutables, la obra no sólo reconstruye el panorama de injusticia, arbitrariedad, intolerancia, desprecio a la vida y negación de las libertades del CHILE dictatorial, sino que también describe el conjunto de iniciativas que han animado a la realización de acciones conjuntas de diversas fuerzas democráticas capaces de sensibilizar a toda una población, de proyectar hacia el exterior la voluntad de un pueblo y de forzar el cambio pacífico por todos los medios. Frente a quienes callan y desde su silencio o indiferencia respaldan las persecuciones y la violencia, Ignacio Gutiérrez —hoy en el exilio— nos recuerda en las primeras páginas de su libro: «Yo opté por decir la verdad».

16.6.1  
G983

Historia